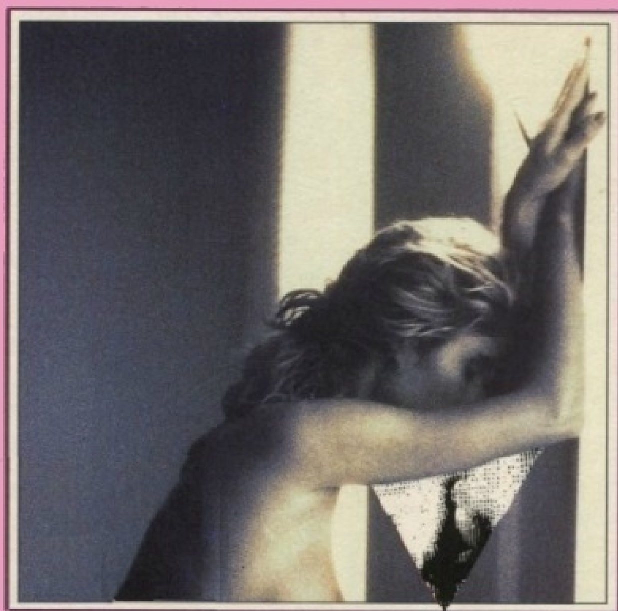
Francesca Mazzacuto

Relaciones escandalosamente puras



La sonrisa vertical



Exorcizar el pasado, dejar atrás una infancia llena de silencios y de oscuras complicidades, eso es lo que propone la joven Camilla cuando decide irse a vivir lejos de su familia, en un vulgar apartamento del extrarradio. En las galerías y los bares del metro busca una relación que la salve de sus recuerdos. Y la encuentra casi por casualidad, entre los múltiples cuerpos desconocidos a los que se entrega sin pudor, tal vez para expiar un pasado del que no es responsable. Su prolongada aventura con Gilbert, un atractivo —y a la vez inquietante— pintor luxemburgués, le permite descubrir el amor y la posibilidad de llegar al fin una vida normal. Sólo entonces puede Camilla enfrentarse de una vez por todas al pasado, a esos recuerdos que va registrando en el diario íntimo, a todo el miedo y la soledad que desde la infancia siempre la han acompañado. Sólo entonces consigue dar cuenta del violento episodio que selló su vida con insoportable, arrebatado y doloroso silencio.



Francesca Mazzucato

Relaciones escandalosamente puras

La sonrisa vertical 114

ePub r1.1
ugesan64 23.03.14

Título original: *Relazioni scandalosamente pure*
Francesca Mazzucato, 1998
Traducción: Atilio Pentimalli

Editor digital: ugesan64
Corrección de metadatos: jascnet
ePub base r1.0



(…) se desea una respuesta definitiva, un significado que contenga una finalidad, o sea, toda la naturalidad y la innaturalidad del mundo en una afirmación que no haya de corregirse nunca. Se desea la paz, la ternura, la inteligencia…, se desea el amor en varias formas. Se desea un desnudo mundo de amor en vez de la melancólica cotidianidad, un mundo en el que exista la pasión del corazón y la pasión de los sentidos, un mundo invadido por tal calor, por tal espanto de luz, que podría incluso ser el Infierno.

Harold Brodkey

Hay una composición de Berg, una composición trágica que fue la última obra que llevó a término, está dedicada «a la memoria de un ángel», ah, sí, el *Concierto para violín y orquesta*, claro, mi padre lo escuchaba y se conmovía y a mí me daba risa que él se emocionara por una música, le tomaba el pelo. Él, para vengarse, me decía que el aspecto de sonámbula lo había heredado de mi madre, quien me había enseñado a cultivar «el lado difuminado de las cosas». En realidad, mi madre sólo me había explicado que todo lo que yo pensaba hacer en la vida no era sino una fantasía lujuriosa de *cocotte* (me hablaba de su temperamento Bella Durmiente del Bosque y cantaba a voz en cuello OGGI SEI VICINO AL MIO CUOR OGNOR SEI TU, OGGI SEI DI TUTTI I MIEI BACI IL DOLCE OGGETTO… mientras bailaba con la escoba y ponía ojos de pescado hervido, con esa mirada romántica que tan poco casaba con ella).

… y la música se esfumaba, se esfumaba y se perdía en aquellas habitaciones, entre aquellos olores, se desvanecía y deshilachaba entre graciosos andantinos y finales apremiantes, poderosos coros de tenores Y SU MISERICORDIA DE GENERACIÓN EN GENERACIÓN PARA QUIEN LO TEME, *con la tía que se persignaba, minuetos con el estremecimiento de los acordes que se oían hasta en la calle, movimientos y ritmos obstinados, hop, la música se mezclaba con la pesadez de ciertos días, con ciertas oleadas de vapores y ruidos que provenían del desván, ese desván oscuro, ese de «ahora cierro la puerta y nos quedamos a solas, nadie logra desnudarse como yo en lo que se refiere a los sentimientos, aquí estoy, mira, estoy desnudo».*

Ecos y palabras que terminaban por convertirse en quedos murmullos.

Con todo esto se mezclaba la música

(y, dentro, el deseo de inocencia, maldito).

En una caja de madera guardo todas las cartas de Victor atadas con una cinta violeta. Cartas divertidas, largas, a veces desesperadas, pero siempre con una anotación arriba, a la derecha: Luxemburgo, noche fría, a solas.

O bien: Tormenta, colinas alrededor de Luxemburgo, alegre. O incluso: Esch, desolado, sensación de irrealidad. (A veces, bromeando: Tarde lluviosa, me estoy tocando mientras fumo un canuto, martes).

Cartas que tienen los aromas de aquellos platos pesados de carne y patatas, cartas densas como el vino tinto y con ese olor un poco enmohecido de aquellas nieblas que estallaban y se convertían en lluvias repentinas.

Cartas que me hacen recordar aquella estación de tren tan parecida a una iglesia y a Gilbert y su pene deseoso, que no me daba tregua y moría entre mis nalgas, en mi vientre, en mi boca, sobre mis senos. Gilbert, que se derrumbaba en la cama tras haberme colmado por todos los lados sin pudores ni vergüenza. Apaciguado, por fin, con la frente surcada de sudor.

«¿Pero me amas con amor, con un amor sin prudencia?», hubiera querido preguntarle.

Me mordía la lengua.

Sabía que jamás me contestaría, no era del género empalagoso, tipo «mírame–a–los–ojos–y–derrítete». Él era una especie de bandido, pero de esos buenos que antes de finalizar la película siempre revelan que sí tienen alma llevando a cabo algún gesto heroico y lacrimógeno, capaz de redimirlos de toda infamia.

Un jour vient que le temps ne passe plus, il se met au travers de notre gorge…

Ella, en ese periodo algodonoso de besos y caricias, cantaba y se

miraba en el espejo. Cuando estaba en casa, se percibía su olor y parecía que todo tenía que ser así para siempre; en Navidad llenaba la casa de pequeñas guirnaldas plateadas y escuchaba su música francesa en vez de Jingle bell, toda la casa vibraba como de costumbre con la voz sensual y canalla de Yves Montand UN JOUR VIENT QUE LE TEMPS EST ARRÊTÉ, COMME UN CHIEN DEVANT UNE PERDRIX ROUGE, *yo la contemplaba excitada y sudada mientras decía sentirse en los Champs Elysées, y pensaba vaya mujer de temperamento, tal vez en aquel entonces usaba otras palabras, pero el sentido era el de una ilimitada admiración y miraba las medialunas doradas y el belén, pequeñas alas de madera que se agitaban. Todas las Navidades yo sabía que tenía que prestar atención y no romper un ala antes de colocar el ángel un poco oblicuo encima del pesebre, me lo decían la abuela y la tía, mamá lo decía con ese tono suyo falsamente distraído de quien ya está en los Champs Elysées.*

Papá no, ya sé que a él le importaban un rábano el ángel y las medialunas doradas y tampoco le importaban las guirnaldas que daban tanto aire de Navidad nórdica, y en cierta ocasión me dijo incluso que podía tirar el pesebre, tirarlo por la ventana con figuritas, cinta dorada y todo. Cógelo y tíralo, así me dijo, dejándome de una pieza, mientras me afanaba con aquellas alitas de madera y miraba encenderse y apagarse las luces intermitentes, diminutas como una cerilla rojiazulamarilloverdenegrorojiazul, que me parecían pequeñas lágrimas sobre la nieve.

Viernes por la tarde de cielo y mar turbios y grises en el tren hacia Génova, imágenes del puerto interrumpidas por túneles y barcos precedidos por pasarelas de hierro, luces vacilantes y farolas rodeadas de halos de plata. Halos que van enrareciéndose, como los que produce una piedra arrojada a un río hecho de pequeñas lenguas verdes y azuladas. Desde las ventanillas veía el mar enmarcado por los últimos cobertizos mientras el panorama se desconchaba por los bordes y se alargaba y aparecían racimos de embarcaciones ora a la derecha, ora a la izquierda y todo se mantenía gris–plata, luminoso, y, por momentos, conmovedor. Mi padre me llevaba a Génova por lo menos una vez al mes. También

él era conmovedor en ocasiones. Le gustaban las calles estrechas y las paredes blanco–marfil, decía que ocultaban secretos y que nosotros los descubriríamos. Dormíamos siempre en el mismo hotel cerca del puerto con un farol delante. Por la mañana, papá, impresionado por el aire luminosísimo y transparente, repetía siempre la misma frase: «Aquí el aire es lo que se dice diferente» (y después tosía y a mí me parecía que de las comisuras de la boca le salía un hilillo de baba).

A veces decía: «Aquí para desayunar tienen unas mermeladas exquisitas» (y yo lo miraba mientras abría los frasquitos, metía el cuchillo y untaba la tostada, a veces metía el dedo y después se lo chupaba y aquella ternura que yo experimentaba me invadía las vísceras, me sobresaltaba porque yo en cambio quería odiarlo).

Pese al tiempo y a todo lo demás, me acuerdo perfectamente de aquella mañana, del viento, que levantaba remolinos de polvo, del aire acuoso que envolvía mis sentimientos y mi miedo. Y luego recuerdo el farol, naturalmente. Me hacía compañía cuando no podía dormir, cosa que ocurría a menudo.

La niña callada, inmóvil en su creciente deseo de atención, imperioso y exigente, se dirige al papá que está hablando con unos amigos y se vuelve formal, petulante y neurótica porque sabe que es necesario ocultar todo ese calor que lleva dentro, incandescente y terrible.

A veces, incapaz de pronunciar palabras hasta el extremo de hacerme daño. Había cosas que yo todavía no había aprendido, cierto fatalismo y sobre todo la substracción, ese era un arte sublime. Estaba segura de que los asuntos de la vida eran de lo más precisos, cronológicamente acompasados, pero desconocía su alcance. No había entendido que el verdadero significado estaba en aquello que quedaba sumergido, oscuro, en los deseos no expresados. Por entonces, no pensaba que yo era una persona poco apta para la vida.

Infinitamente atormentada y deseosa de infligirme castigos, sobre todo mentales: la habitación a oscuras, los oídos tapados con

algodón, imaginaba que un hombre me raptaba y después me exhibía desnuda delante de todo el mundo en una plaza. Culo desnudo, manos atadas a una pequeña picota. Alrededor, falos o manos de mujeres, látigos y cuchillos y todas las miradas sobre mí, excitadas, presas de cierto fanatismo. A veces, para variar, una caída y yo, a cuatro patas, como una perra. Vivía para imaginar aquellas miradas que me penetraban y me invadían de deseos. Fantasías que llenaban las oquedades, esos vacíos que sentía en mis vísceras como si mi cuerpo fuese un trozo de emmental, imágenes que brotaban de mi soledad. Sólo de esa manera sentía que era posible conferir un poder sexual y experimentaba una languidez hecha de rápidos olores y de estremecimientos que me hacían tambalear. Existía una realidad superficial y existía una realidad sexual sorprendente, oculta, exigente.

Recuerdo tardes de sábados inacabables, sofocada por el aire arcilloso de otoños insegurísimos y vacilantes, aire de estómago revuelto, de náuseas repentinas. En esos días, por la calle, en los autobuses, los olores eran nítidos. Axilas sudadas, ropas mal lavadas, cabellos pringosos, olor a penes. «Es el tedio de la adolescencia, son crisis del crecimiento», repetía la abuela. Pero yo sólo quería vomitar, siempre. O también salía sin decir a dónde iba ni con quién, desde la tarde hasta la noche. Los olores seguían obsesionándome, olfateaba el aire como un topo, cada aire se me antojaba diferente. Pene un poco fatigado, pene que acababa de gozar, pene agotado, pene de viejo, en reposo. Era la prepotencia de la carne, cierta disolución que envolvía las cosas, mejorándolas. Y ese hado con respecto a la familia que me había tocado en suerte, ese recinto rodeado de alambre de espino, hasta llegaba a parecerme más aceptable en contacto con carnes y olores ajenos. ¿Se trataba de lo que había leído una vez en un libro, «la vida con su brutalidad que aniquila»?

Si aquella era la brutalidad de la vida, hecha de hedores que me hacían fantasear, sorprendentes olores y efluvios, pues bien, valía la pena dejarse aniquilar.

Ciertos tópicos adquirían un sentido: ya no existen las estaciones intermedias. Se lo oía repetir a la peluquera.

Tal vez el tiempo se había vuelto audaz, se acabaron las cosas a

medias. El tiempo osaba dar estaciones claras y precisas, calores sofocantes y nevadas sin descanso.

En aquel periodo, aparte de la exposición del culo (que a veces era cortado en rebanadas y cocido), soñaba siempre con la salchicha colgada que trae pecado. Mi abuela, cuando pasaba por delante de una tocinería, cerraba los ojos porque decía que era malo incluso mirarlas, tal vez a causa de la sangre coagulada.

Por suerte no estaba la abuela cuando a los trece años me vino la menstruación. No sé cómo habría reaccionado. La sangre empezó a fluir así, un día, sin motivo, un sol infernal y el patio vacío y lúgubre y todas las cosas repentinamente más nítidas. Y luego manchas en la ropa y un olor modificado y atenuado por la comida.

Trece años, que es lo justo, ni demasiado pronto ni demasiado tarde. Nadie dijo nada, nadie lo celebró. Yo me había imaginado una ceremonia de iniciación a la edad adulta, a ese asunto misterioso que quería decir «ser fecunda»; pero más bien parecía una extraña, silenciosa vergüenza.

Es un recuerdo que huele a moho, a comida de refectorio y a sudores de niñas en el internado silenciosísimo donde había que evitar hasta el crujido de los zapatos en el pasillo.

Pasillo desde donde se oía el rumor del agua de la fuente algo barroca más allá del jardín, y el eco regular de los pasos de las monjas. Nos deslizábamos largos trechos por el suelo recientemente encerado hasta el pequeño altar (un poco oculto, con lucecitas de cementerio y exvotos de plata adornados con conchas sobre un pesado manto de brocado).

«Un beso a Jesús, un beso a la Virgencita».

La mejor era la que sabía enviar el beso con chasquido. La boca un poco torcida, tendida hacia delante, habitualmente era Carmen la que nos asombraba a todas y después se alejaba meneando el culo, segura de la especial atención que el Señor le dedicaría. Un poco geisha y un poco puta sacra, la Carmen yo–las–braguitas–no–me–las–pongo–nunca.

Aquellos besos había que enviarlos también al terminar las oraciones de la noche. Yo siempre me olvidaba. Mis oraciones de la noche eran como un buen somnífero y eran todas para mí.

«Señor, en tus manos me pongo, estréchame hasta mañana».

Sólo le rogaba que no me estrechase demasiado, que no me dejase sin aire. Entonces yo podía hacerme cosquillas en el ombligo con un dedo o rascarme el hoyito del codo con la yema del dedo. Muy despacio, dibujando grandes círculos, siempre lo hacía. Eso me producía unas cosquillas que eran una especie de éxtasis.

Las otras chicas enviaban los besos, las oía. Desnudas, con el seno incipiente cubierto por las manos juntas, vigilando que las monjas no las descubriesen. Se medían el tamaño de los pezones o se daban largos chupetones tendiendo los labios. También yo cultivaba entonces, sin pudor, una especie de hermafroditismo del corazón y de la mente.

Ellas, mis compañeras, tenían en su mente una jerarquía muy precisa: «Un beso a Jesús, un beso a la Virgencita, tres besos al abuelo Piero, un beso al abuelo Bruno, un recuerdo para la tía Adelaide».

Yo cruzaba los dedos para escuchar el chasquido porque sabía que traía suerte, o bien evocaba la ciudad portuaria y el viento, y era un pensamiento doloroso pero también alegre a causa de los olores, me parecía volver a percibirlos todos, sobre todo el de la mermelada de arándanos. Eso me bastaba para adormecerme y me sentía tranquila y cálida en la habitación pequeña y polvorienta que a veces me regalaba unas imágenes en el cielo raso. Hermosas historias, todas con final feliz.

Es un recuerdo casi siempre en penumbra porque las monjas consideraban que la luz era indecente. Bajo la luz los cuerpos se veían más nítidos, en tanto que en la oscuridad todos somos un poco sombras, duendecillos incorpóreos y silenciosos.

Las monjas me regañaban a menudo, algunas veces muy violentamente porque no podían pegarme y yo sabía que hubieran querido hacerlo. Cuando me regañaban, su respiración se volvía más ansiosa, las mejillas se les enrojecían y por sus ojos cruzaba la sombra de un perverso placer contenido, el relámpago de un goce.

Las comprendía. También para mí, en aquel entonces, castigarme me procuraba un placer sublime. Castigos sombríos en los que la certeza de no ser en absoluto amada se transformaba en una percepción de fuerza, en un nudo interior duro e indomable, en un poder: tambaleante, claro está, pero siempre poder. Yo

restregaba la mejilla sobre la alfombra de la sala hasta que se me enrojecía y casi sangraba: la alfombra era áspera y algunos mechones de pelusa se quedaban adheridos al jersey.

«He hecho cosas que mis padres no debían ver, castígueme, padre», decía al confesarme, poniendo cuidado en apoyar las rodillas en el sitio más incómodo y duro (eran los primeros descubrimientos de la mano bajo las braguitas, la idea de tener un pubis, unos pelos que al principio me daba grima tocarlos).

«Al escuchar la santa misa dejáis de ser animalitos, haced caso a Jesús, cambiad de actitud, Dios es todo, en la vida no tendréis otro amigo, otra verdad».

Había una inscripción en la entrada del dormitorio y todas las noches yo la repetía leyendo las palabras al revés: «decaH osac a súseJ»…

La inscripción no era nada comparada con la voluptuosidad de determinadas palabras:

«Purifícame, oh Señor, seré más blanco que la nieve» (y enseguida imaginaba mucha nieve, blandos copos en Costa di Folgaria, donde iba, cuando mamá todavía estaba con nosotros, al hotel Biancaneve y en la entrada había estatuas de los siete enanitos, después por fuerza los culos, muchos culos desnudos, nieve y la gente en procesión).

Los cánticos del *Via crucis* lluvioso. «Pu–ri–fí–ca–me» pronunciado de forma acompasada y una pequeña pausa después del «oh», fieles devotos en hilera con paraguas y yo hecha una sopa, en mi patético intento de expiación. Me dejaban hacerlo.

En otra ocasión me clavé un bolígrafo en el muslo y también restregué durante diez minutos la palma de la mano contra la pared exterior del internado, la piel se desgarró y empezaron a caer grandes gotas, un reguero. Yo hacía como si tal cosa y decía que era como Pulgarcito, sólo que yo era más valiente y dejaba un rastro de sangre, no de migas de pan. Mi sangre era clara, parecía agua o zumo de tomate. Mejor era la sangre menstrual, de un hermoso color burdeos oscuro.

Tuvieron que darme diez puntos de sutura y parecía no dejar de sangrar. Todo el mundo a mi alrededor en urgencias, «¡La niña, la niña, la sangre!».

Experimenté un inmenso placer y todavía hoy me siento orgullosa de la cicatriz: la miro, la toco, me gusta que los hombres pasen la lengua por ella.

Las monjas pensaron que estaba loca y que tener una loca en el internado no era conveniente, por el prestigio de la institución que llevaba el nombre de Santa Inés, la santa de la pureza, y por las demás chicas. Tenían que mantenerse recluidas en el internado, protegidas en ese ambiente de aire estancado, a cubierto de toda contaminación, de todo posible problema. Futuras mujercitas decorativas. «Hay que apartar las malas hierbas». Era la frase preferida de la madre superiora.

Mi padre acudió a buscarme un domingo por la tarde de lluvia y de réquiems entonados por las monjas en voz alta en el salón de la planta baja, un domingo por la tarde de chaparrones repentinos y luego réquiems en memoria de un diácono, después más chaparrones. Total, mi madre había tenido el tiempo suficiente para seguir a su último amante italoamericano e irse a Nueva York. Un irremediable vacío helado y alguna carta que mi padre rompía inmediatamente. Me ha quedado la idea de que en Nueva York todavía existen las estaciones intermedias, todas las cartas de mi madre llegaban en sobres marrones, en las hojas había logotipos de refinados hoteles a manera de racimos de uva, eran cartas otoñales. Melancólicas en su frialdad, impecables en la sintaxis, correctas en la forma. Yo no sentía pesar alguno cuando papá las rompía. Observaba esos trozos de papel con rastros de su caligrafía pequeña y uniforme, los veía volar por la habitación y posarse uno en un rincón, otro sobre la mesa, parecían mariposas.

La carta seguramente me habría dejado de una pieza, no la necesitaba en absoluto.

Papá me castigó por aquel asunto del internado, me dijo: «Vete a tu dormitorio que ahora voy a apagar la luz, te quedarás dos horas». Y recuerdo sus pasos en el pasillo, la luz repentinamente apagada y esa oscuridad cargada de voluptuosidad, una intimidad negriazul que me envolvía por completo.

Ahora que vagabundeo por túneles y estaciones del metro, las estaciones del año me importan un rábano, y tampoco me importa el tiempo. Me apeo siempre en la misma estación detrás de Via dell'Angelo, con las grandes marquesinas anaranjadas, el bar confortable y la librería abierta incluso de noche, saludo a Jovanka, la polaca encargada de los lavabos que, si le tiendes mil liras, te da un pequeñísimo cuadradito de papel higiénico que nunca alcanza. Habla del marido que ha dejado en Cracovia: «No entendía nada, me acusaba de ser poco generosa en la cama. ¡Decirme eso a mí, que soy todo menos poco generosa!».

Jovanka es gorda y cabe a duras penas dentro del cuartito donde guarda los trapos y los productos de limpieza; exhibe sin pudor la carne blanda de los brazos y las piernas amoratadas llenas de protuberancias e hinchazones.

Si la tocas, toda esa carne rebota y parece derretirse como cera.

Es la guardiana de los lavabos, pero también de mi mundo subterráneo.

Abajo siempre hace calor y parece que una esté en un útero, huele a humo y a hierro quemado, los trenes pasan con estrépito por los raíles removiendo el aire. Monto en los vagones al azar, me acomodo en los asientos plegables y observo las caras. Subo y bajo por las escaleras, dejo que se vacíen los andenes. Nadie se ocupa de mí, en el espacio subterráneo el anonimato es obligatorio.

Allí abajo me encuentro a salvo del extrarradio en que vivo, indecente, de grandes edificios de pisos fascistas con balcones y brillantísimos letreros de heladerías, letreros en color fucsia con pequeños helados de cucurucho.

Allí abajo me siento en las butacas de plástico pintarrajeadas y tomo apuntes observando a la gente, o como chocolatinas de las máquinas expendedoras entre humos y ráfagas repentinas cuando se desplazan los trenes.

Miro mi rostro en los cristales de los vagones o en los vidrios de los carteles publicitarios, me muevo un poco para observarme mejor, a veces me doblo hacia atrás como una contorsionista de circo entre la multitud que sube y baja.

Un rostro cada vez más parecido al de mi padre, sus ojos un poco redondeados que han penetrado en los míos y se han grabado

en la carne como una fotografía perenne que no sólo nunca pierde el color, sino que con el tiempo se nota más. El procedimiento de la Polaroid: disparas la foto y al principio hay una líquida mancha de colores, lentamente se van definiendo las masas, los objetos cobran forma, las personas empiezan a individualizarse. Mi padre más joven y mujer, las ráfagas de la ciudad portuaria desordenándole el pelo y, en el fondo, una presencia de fuerte evidencia física.

Paso de un vagón a otro, de un cristal a otro siguiendo itinerarios personalísimos que estudio por la noche. He trazado mapas.

La imagen no cambia, sólo rasgos que evocan otros rasgos, las mismas redondeces un poco infantiles contra las que siempre han luchado las mujeres de la familia, una cara que no permite escabullirse, una cara–jaula.

Faltaría que en los ojos se viese lo que pienso. Nítido, en medio de la pupila.

Una compañera del internado estaba convencida de ello.

«Si alguien piensa intensamente en algo y se mira en el espejo, ve la imagen en los ojos, ya verás, haz la prueba».

Yo iba al cuarto de baño a toda prisa y pensaba con todas mis fuerzas en la cara de mi padre en uno de sus momentos de ternura, cuando me amaba y lo demostraba con su actitud indecente e imperfecta. La intensidad de ese pensamiento me obligaba a cerrar los párpados por una mezcla de temor y vergüenza, no lo conseguía y lo lamentaba.

En cambio, por fortuna, no hay ventanas que den al pensamiento.

Si las hubiese, en mis ojos se vería sin duda aquella luz líquida de la mañana cuando él me acompañaba al Montée de la Pétrusse, al Grund, al Viaduc, se vería el atardecer en el Vis–à–vis bebiendo cerveza, el portal de la casa de Gilbert en la Place d'Armes delante de la tienda de vestidos de novia suntuosos y cursis. El crepúsculo de Luxemburgo tenía un color iridiscente, un violeta–uva con manchas más claras que tanto echo de menos.

Luxemburgo, país extraño y lleno de niebla, mi fuga, mi salvación en

la estación–iglesia en busca de algo que fuese ligero, en absoluto retorcido o impuro, todavía vagabundeo como una sombra entre esos vestíbulos con hileras de gente ante las cabinas de teléfonos, rebosante de sentimientos y ennoblecida, y al despertar tardo en reconocer lo que me rodea, la habitación, los objetos.

Para llegar al distante extrarradio en que vivo, hecho de sobresaltos, de altibajos, de colinas y explanadas, lamentablemente el metro no es suficiente. He de aguardar el autobús en una terminal de línea llena de tiestos de flores, marquesinas y cafeterías y esperar allí casi cuarenta minutos. Preferiría que el metro fuese suficiente, ese largo viaje por la superficie me mortifica, el extrarradio se anuncia repentinamente, no hay un paso lento y gradual. No hay preparación. Hay la insolencia de ciertas caras, de iglesias sin motivo que parecen grandes almacenes, enormes hipermercados ocultos tras áreas de aparcamiento aún más grandes (inmensas extensiones de gris, senderos de gravilla menuda y repentinamente un violeta–uva, un verde pálido en un alféizar, una fachada pintada de color rosa).

Jovanka vive en un coche en el aparcamiento Sidis. Es lo que se puede permitir vendiendo cuadraditos de papel higiénico. Su coche está en la tercera fila del fondo, repleto de cartones y de vestidos enormes y un poco raídos que le regalan. A veces duerme con ella un muchacho algo chalado que se hace llamar Jehovah y que dice que salvará al mundo. Caminan cogidos de la mano y se besan detrás del seto, Jehovah sostiene que ella no necesita ser salvada y yo sé que tiene razón. Hay días en los que Jovanka quiere estar suntuosa y entonces se maquilla con restos que encuentra en los cubos de basura. Se pinta de color rojo los labios de la cara redonda, pero le tiembla la mano y el color se corre, no le importa y no deja de pintarse también la mucosa interior. Con sus harapos y maquillada se instala en la parada del autobús y pide unas monedas, yo le sonrío y hablo con ella, otros la eluden. Cuando llega el autobús, ella huye como un animal asustado. Su mundo está hecho de trenes, como el mío.

A veces en el autobús cierro los ojos durante todo el trayecto

para darme una sorpresa. Lo borro todo.

No me importa lo que piensen otras personas, no saludo a nadie aunque todas las noches sean las mismas personas.

Cada noche cargadas de aprensión, de paquetes y de fatiga, pero para ellas yo no debo existir, yo estoy exiliada.

La casa es blanca y está por completo vacía, amueblada es un decir, una cocina que se abre y cierra como un armario, una mesita que se tambalea. Tarros llenos de té y de hierbas para tisanas, sobre la mesita de noche una foto donde esa sonrisa tan conocida resulta casi pueril, un poco extraviada.

Sobre la pared algún cuadro y un mapa topográfico con un recorrido marcado. En rojo, bien evidente.

Por suerte la cocina es nueva y no hay escapes de gas. Me daría cuenta enseguida.

Tengo pánico a aquel olor que tanto se parece al de las setas. Todos los días, antes de salir, olfateo los fogones con la nariz al sesgo y cierro la llave de paso.

Tengo todo el día libre porque sólo trabajo por la noche, entre las nueve y las dos. Es un local que hay debajo de casa: gran letrero azul, una escalera y después música, vídeos, jóvenes ruidosos y algún solitario en busca de aventuras. Han entendido pronto que con la camarera no hay nada que hacer y me dejan en paz. No quiero siquiera que traten de ser amables, es suficiente con que esté claro el pedido. Yo trato de emplear pocas palabras y si no tengo ganas no sonrío. El intervalo de la cena lo paso a solas, en una amplia habitación contigua a otra más pequeña, iluminada por un fluorescente amarillo. Me siento junto a una lámina de los años treinta que representa a un ángel y me como un bocadillo, a veces nada. Tal vez es un ángel del mal, un ángel desesperado que no ha contribuido a la creación, un ángel con exaltaciones amorosas muy humanas, demasiado. Me hace compañía, hay en su mirada una evidente, desesperada belleza.

A las dos, antes de marcharme, compruebo que esté cerrada la llave del gas. Siempre lo hago, lamentaría que una explosión me hiciese perder el trabajo. Un estruendo, gritos, sangre y escombros. No quiero ni pensar en ello, bastante tengo con las pesadillas.

«¡Haz lo que quieras con mi alma, juégatela a los dados!». Lo rodea un hosco resplandor, un halo sombrío y magnético, pero habla de su alma, habla de ella constantemente, como un poseso. No sé dónde nos hemos encontrado, pero obtengo de él algo que es perverso, y el abrazo amoroso bañado en sudor en su casa sin muebles es como la danza del día del juicio final.

A veces doy largos paseos hasta una pequeña estación de tren donde el suburbio se vuelve campo y los grandes edificios fascistas de viviendas dan paso a vastas alquerías. Alrededor hay una llanura solitaria con campos que me parecen de colza, mínimas huertecillas, o marañas de hierbas.

(«Papá, papá, qué prado tan bonito, ¿nos revolcamos? Sí, juntos, ven aquí y abrázame toda, toda, toda»).

La estación de tren tenía el nombre de un santo, uno de esos santos fuertes y guerreros con capa y espada, pero ahora está abandonada y los raíles han acabado llenos de herrumbre y retorcidos como chatarra. Para llegar a ella he de apartar unas ramas que forman una especie de galería y matas de hierbas silvestres, tengo que agacharme para penetrar en un recinto rodeado de alambre de espino. Pasa cerca de aquí un río sobre el que revolotean nubes de insectos. El agua cae aquí retumbando sobre grandes piedras y a menudo alguien pesca. Esa pequeña estación desierta contiene todo el sentido de la muerte y del dolor. Pero hay también algo más, no sé, algo escurridizo que cuando me parece haberlo atrapado, cuando creo haber entendido, se escapa. Lo llamo: «eh, por favor, regresa». En vano, es como esas inatrapables motas de polen blanco que traen suerte, si volviese intentaría metérmelo bajo la camiseta, saltando un poco.

Se va sin ni siquiera dejar tras de sí una estela como lo hacían las embarcaciones en Génova al salir del puerto, una estela temblorosa en la luz moribunda del atardecer, de todas maneras visible.

Hay silencio en la estación deshabitada, pero casi todos los días desde una de las alquerías llega una música que me detengo a escuchar. Alguien se ejercita tocando el piano todos los días a la

misma hora. Lo reconozco, es el *Concierto en la menor para piano y orquesta* de Schumann. Es una música que penetra en mi carne, un bisturí, la música que habitaba en los pasillos de mis casas. La *cadenza* desarrolla armonías densísimas, yo escucho esperando que aquella cosa, esa que ha huido, regrese.

Me detengo y me quedo completamente inmóvil durante unos minutos y después regreso, como vaciada.

Pienso que es una mujer la que toca, una mujer de cabellos lacios como spaghettini y un perfil regular de moneda antigua. Había una niña así en el internado.

Era pura y etérea, después le daban como unos ataques, unos arrebatos. En cierta ocasión vino a mi dormitorio con un martillo. Pensé que quería matarme, y en cambio quería que lo lamiese. La punta fría y el mango, de rodillas delante de la cama; yo me presté de buen grado, presa de una extraña voluptuosidad. A ella no le vino la menstruación el mismo año que a mí.

Apoya los labios sobre mi cuello el croata de mirada triste y deja un rastro húmedo de saliva. Sus manos hurgan entre mis bragas, sus dedos dilatan mis labios más secretos mientras me aprieta contra el portal de su casa susurrando: «Eres una criatura sagrada».

No me hará subir.

Podría haber gozado ya alguien en este pequeño apartamento de suburbio, un hombre y una mujer podrían haberse amado hasta la consunción, hasta la desesperación. Consunción de las miradas que se pierden en el reflejo de las paredes desnudas, grises como la casa y como la ciudad. Goces sordos y placeres contenidos, aceleración de alientos. Jirones que un hombre y una mujer podrían haber diseminado alrededor, finas tiras de piel y lágrimas y humores y momentos de placer hasta el agotamiento. Me desnudo lentamente, como si alguien me aguardase, un hombre en la cama, semidesnudo, con su olor y con la mirada cargada de deseo. Su miembro, que no existe, me lo imagino salir de debajo del borde de la sábana con el ímpetu de una reacción fálica inesperada.

Podríamos haber hecho ya el amor, y la sábana, un poco gastada, podría estar manchada de esperma.

A menudo mi tiempo se vuelve un tiempo vaselina, dilatado y chato. Sólo soy aliento. Como en las noches con Leopoldo. Enrarecida, evanescente, desvanecida. Un ángel.

Mamá en Nueva York entre amantes y estaciones intermedias, yo con papá y con mi tía. Era distraída, la tía: ¿ley del silencio?

Ahora me lo pregunto.

Se parecía muchísimo a papá y hacía buñuelos de castañas. Salía temprano por la mañana, un poco furtiva, para comprar en el mercado los ingredientes. Le gustaban los mercados con olores a especias, hortalizas frescas y un carnicero que cortaba grandes tajadas de carne sobre placas de mármol. Se quedaba como encantada, después recordaba que tenía que preparar los buñuelos y salía disparada agitando su pequeña cabeza cubierta con un enorme pañuelo negro anudado bajo la barbilla. La casa olía a fritura y a ella le quedaban en los labios restos de harina que después se relamía.

Hacía unos buñuelos hinchados y tiernos, aceitosos y rellenos de piñones. Los dejaba enfriar en una bandeja de preciosa porcelana rameada y allí los espolvoreaba con azúcar en polvo, con gestos delicados y muy atentos, como si el significado más profundo de su existencia proviniese de lo que estaba haciendo.

Ponía pasión solamente en la cocina, mi tía. Eran sinfonías de olores y borboteos desordenados con el televisor siempre encendido mientras la estufa hacía de contrapunto.

Yo la controlaba, una vez se había dejado encendido un fogón.

En la vida de mi tía Leandra todo había sucedido por casualidad.

La habían enviado a los colegios más exclusivos, a las fiestas más importantes. Le preguntaban: «¿Quieres ir?», y ella bajaba los ojos con un gesto casi imperceptible. Decir que sí ya habría sido una elección. Para ella elegir era como herirse. Algo que desgarraba la piel, una obligación ingente, un peso enorme. A ella le gustaba que

la transportasen, que la llevasen cogida de la mano. Se adaptaba muy bien, siempre repetía: «Donde me ponen, me quedo».

O también, utilizando una expresión dialectal: «Estoy hecha de huevos y leche».

Irse a vivir con su hermano tras la marcha de la mujer de este había sido algo natural. Un legítimo transporte de sus sentimientos, tan apacibles y normales.

Ella lo consolaría, era muy hábil en esas cosas de buenos sentimientos y de atención, pero pronto se dio cuenta de que no hacía falta. Para Leopoldo, que su mujer se marchase había sido una liberación. En realidad, había sido una cosa extraña, mezcla de liberación y de nostalgia. Le faltaba la ilusión de los primeros tiempos, esa divertida presunción de Letizia, y le faltaba su nuca. Leandra no tenía que consolar a nadie.

Entonces dijo: «La niña» y acomodó sus cosas en la habitación de invitados, un cuartito en forma de L donde papá tenía su estudio. Trajo consigo una gran maleta oscura y saquitos de lavanda, viejas fotos de familia y cosméticos antiguos, en envases también antiguos, acaso con la fecha de caducidad pasada. Recuerdo uno con el dibujo de un ángel: contenía unos polvos para el cuerpo finos e impalpables que yo olfateaba y soplaba sobre el espejo.

Mi tía se recogía el pelo en mechones llenos de horquillas negras un poco oxidadas y vestía prendas largas, sin forma. Todas iguales salvo los colores. Así, cambiaba de colores pero no de vestimenta y siempre se trataba de una no–elección. Las costumbres la tranquilizaban, cosas iguales, días iguales. Las preservaba con todo su ser, no habría hecho nada para cambiarlas, ni siquiera tender el oído hacia la puerta por las noches y escuchar cómo papá bajaba a mi cuarto.

Se ponía algodón en los oídos y dormía diez horas seguidas. Sueño de recién nacida, en paz. Fiel a la ley del silencio pero no culpable, podría decirse, absuelta por falta de pruebas. En mi tribunal, yo sencillamente la he borrado, matado. No físicamente, claro está.

He dejado sus olores, su fisonomía y el eco de los pasos arrastrados por el pasillo, pero le he quitado toda sustancia. La he despellejado como esa piel que aparece en el Juicio Final. Un

destino incluso demasiado noble para esa tía Leandra de nariz aplastada con puntos negros arracimados que para entretenerse leía las necrologías del periódico local. Nada de política, nada de noticias de actualidad, sólo eso.

«Su esposa Gabriella y su hijo Lorenzo comunican la dolorosa noticia de la defunción del queridísimo Ermes».

«Conmemoramos el aniversario de la muerte de Livio, hombre de gran humanidad y sensibilidad, padre afectuoso y testigo del amor del Señor».

«Nuestra dulce Rita ha subido al cielo».

Las leía en voz alta, marcando el ritmo. Tal vez se imaginaba la suya. Quería experimentar ese momento que no había de vivir, de alguna manera empezaba a acostumbrarse al extremo tránsito. Era muy astuta, mi tía.

El asunto del parecido era lo fundamental. Cuando papá estaba fuera, yo tenía la impresión de quedarme con su doble y eso me tranquilizaba. Lea y Leo, apodos gemelos, abreviaciones de Leandra y Leopoldo, nombres remilgados a gusto de la abuela, que no iba a la tocinería y firmaba «Licinia, dama de la familia de los condes Orsini Mangelli». También el asunto de las iniciales iguales era una de sus coqueterías.

De hecho yo habría tenido que llamarme Lucrezia, pero mamá, que todavía no estaba en Nueva York, se impuso. Le parecía un nombre malvado y en la familia la única malvada era ella. Le importaba la maldad porque le permitía mantener una distancia entre ella y el mundo. «A veces es necesario ser durísimos, despiadados», solía repetir.

Aceptó lo de Camilla, que era un nombre bueno, algo campestre, que se prestaba a los juegos de palabras y las rimas (Camilla, «*camomilla*», «*arzilla*», «*barilla*», los pasillos del internado resonaban con todas las rimas y deformaciones posibles. No me desagradaba, era un nombre social).

«Leandra, Leopoldo y Camilla, hop, hop, hop, todo el mundo a la mesa, rápido», decía mi tía todas las noches dando pequeños saltitos ante los fogones. Daba verdaderos brincos un poco ridículos, «aquí está el agua mineral, aquí las servilletas».

Era cómica, observaba nuestros rostros, nos miraba masticar,

gozaba ante cada gesto de aprobación hacia sus platos. Levantaba una y otra vez las tapas de las cacerolas y metía dentro las narices, salía del interior una vaharada de vapor caliente que le empañaba las gafas.

Cocinaba gachas de trigo moreno, sopas de verdura con pasta fresca, *grattini* al huevo, que a papá le gustaban mucho. Se convertían en una papilla informe y habían de servirse tibios, con mucho queso. Papá los comía a grandes cucharadas repitiendo: «Están buenísimos, verdaderamente buenísimos».

Para asegurarse, mi tía compraba siempre cuatro o cinco paquetes de *grattini* en el supermercado y también la pasta fresca. Se quedaba horas en la tienda de la pasta fresca, con su única amiga, que tenía un lunar peludo en la punta de la nariz.

Ambas pasaban las tardes mirando en la tele los concursos y los programas de televenta, hablaban de baterías de cocina compradas a bajo precio, de un televisor de regalo. Qué extraña vida la de quien ha tenido como amiga una vendedora de pasta fresca y se ha puesto siempre vestidos iguales. La vida de un animalito doméstico, de una planta de interior. Una planta apenas un poco trepadora. Una mujer que jamás viajaba porque prefería imaginarse las ciudades y los sitios con una intensidad de adolescente.

No hay rastros de la tía Leandra en las sombras que ocupan mi mente, pero sí, ciertamente, olores de los platos que cocinaba.

En estado de reposo, los animales veloces se quedan inmóviles, casi ausentes. Aquel hombre, el viajero, es como ellos. Voy dócilmente hacia él y caminamos con pasos lentos y pesados hasta un mar de un grisazulado que da vértigo. No hay nada que esté vivo en el espacio visible que nos rodea pero la niebla es como la del Grund. Entonces le permito que me revuelque desnuda sobre la arena, que me hiera con los fragmentos de pequeñas conchas, que me deje así, sin una palabra, tras haber alcanzado varias veces el placer.

Los sábados acudía al internado don Casimiro, el curita. Muy delgado y pequeño, tenía las manos siempre pringosas debido a la

tarta de manzana que le preparaba una de sus feligresas. Estrechaba las manos a todas tras hacer un amago de reverencia.

«¿Se porta usted bien, señorita?».

A mí, que era la más inquieta, me decía: «¿Cómo está mi Magdalena, mi putilla?». Y se reía. En las manos perduraba un halo claro, junto a restos de granitos de azúcar.

Era blando y húmedo como un gusano o una almeja.

Siempre decía: «La solución está aún lejos».

Lo decía durante la homilía, o cuando revisaba los deberes de religión, aguardando la comida, siempre.

Muebles antiguos, cuadros y un olor a limón esparcido por toda la casa, por lo general escojo sitios neutros pero he aceptado seguir a un hombre con bigote que me ha sonreído en el autobús y lo he seguido porque me ha dicho que es genovés y me ha enternecido su bigote manchado de cappuccino y yo tenía ganas de alguien que desease recostarse a mi lado y mirarme y tocarme tratando de darme placer con las manos y con la lengua, alguien capaz de devolverme algo antiguo, alguna cosa muy sencilla y casi banal. Me ha tendido delante de él y me ha dado durante largo rato palmetazos en las nalgas, con violencia y delicadeza al mismo tiempo, después he extendido las piernas y su cara se ha hundido dentro de mí, los ojos grises y un poco hinchados, el bigote, la boca voraz, todo.

Dos días festivos y escojo un recorrido.

Autobús, metro y tren, sabios juegos de ensamblaje. Trazo una línea roja en el mapa y preparo la maleta, una maleta de piel clara cerrada con hebillas doradas, una maleta un poco de provinciana, que relleno con una blusa blanca limpia y un poco de ropa interior. La indecencia del extrarradio no me ha envilecido del todo, me cuido.

Doy una vuelta por los pueblos de los alrededores en el autocar de línea que conduce el chófer de ojos claros que es escultor, con el que siempre me entretengo hablando. Hace cosas en hierro forjado y tiene las manos llenas de quemaduras. «Pero vale la pena», dice

convencido.

Ampollas amoratadas y cicatrices, a mí me gustan.

Después voy a Parma, nuestros itinerarios nunca son casuales. Parma ocupa un lugar de honor entre mis sombras.

Leopoldo me decía de vez en cuando: «Venga, prepárate que te llevo a Parma a admirar los mármoles rosados de temeraria belleza». Después, en un tono un poco más bajo: «Un viaje sólo para nosotros dos».

Comíamos en un pequeño restaurante cerca de la catedral que tenía la perfecta y falsa armonía de una película de Renoir, exactamente mi estado de ánimo. Perfecta y falsa armonía. Papá comía la tartaleta de alcachofas y bebía vino tinto mientras decía: «Aquí todo es superexquisito».

A veces comía puré de verduras y raviolis, siempre superexquisitos, a veces exquisitísimos, con la boca que se abría en una mueca glotona. Voraz, contento.

Siempre me ha parecido una ciudad llena de encanto, de ese encanto que no pierde valor. Una ciudad que limpia y abrillanta los recuerdos de un pasado glorioso. Era también muy erótica, me sorprendía ese erotismo en absoluto ostentoso pero presente en cada piedra y en cada plaza, y a menudo las plazas contenían otras plazas o marañas de calles. De la mano de Leopoldo, sentía estremecimientos a lo largo de la espalda cuando admiraba las nubes ligeras de la cúpula de la catedral hasta tener tortícolis. Introducíamos monedas en el aparatito para verla iluminada y se trataba de una iluminación un poco tétrica, como el aire de primera hora de la tarde que nos aguardaba al salir de la catedral. Yo siempre quería la violeta en el frasquito con cinta color violeta: era una sustitución erótica, excursiones temerarias al aroma de violeta. Después lo aspiraba con fuerza y me aturdía, me volvía más disponible.

Entre complejos contragolpes emotivos y miradas y ecos quisiera encontrarme a solas con él en la misma habitación, sencillamente para mirarlo.

Ya sé que es gay, no me lo ha dicho pero lo he intuido gracias a unas

complejas alusiones, a la mirada un poco escurridiza; hay alrededor un exceso de blancura que me lleva a pensar que estoy en el paraíso. Paraíso es donde todos me aman a mí ante todo. También los gays. Aquí no se trata del paraíso y el tiempo transcurre hipnótico y morboso. Aquí todo es real. Pero también quisiera mirarlo, simularía que no pasa nada, silenciosa y sin remedio. Miraría su cuerpo esbelto y elegante sabiendo bien que la carencia es la medida de todo.

Llego al hotel Stendhal, el mismo en el que nos alojábamos entonces. Un decorado antiguo y la presunción un poco loca de ser casi feliz. En cada habitación hay un medallón de hierro con racimos de uva oxidada adornado con hebras de similor. Está en un rincón detrás del armario, no siempre se distingue pero yo lo sé. También entonces lo miraba. Daba la espalda a papá y lo miraba. Encima hay un ángel, tiene las alas abiertas.

En los hoteles nunca pienso en los escapes de gas, me siento tranquila. Tal vez por el movimiento, el tránsito. El hotel es un sitio público. De noche, cuando los demás huéspedes duermen y el silencio flota en los pasillos llenos de tapices y cuadros antiguos, busco nuestra habitación de aquel entonces. Toco la puerta blanca, la huelo. Yo también soy temeraria, lo he aprendido aquí. El esnobismo de las vitrinas no ha cambiado, negociantes muy astutos las mantienen espléndidamente. Hay gente que compra de todo y algunos escogen regalos con sumo cuidado. Yo no tengo a nadie. Los fantasmas de mi mente tienen bastante con mi constante veneración, mi renuncia y acaso un poco de incienso para quemarlo en un cuenco de porcelana china, una vela perfumada de sándalo. Algo que de todas maneras se convierte en humo o en polvo, como ellos, como yo.

Por la noche, encerrada en mi habitación, me masturbo una pizca avergonzada con la mano que se desliza como una pequeña víbora bajo las sábanas limpias y olorosas a detergente del hotel. En las orejas los auriculares del *walkman* y el *Cuarteto en la menor para cuerda* de Schubert. No logro masturbarme de otra manera, es una música que lo mueve todo y cambia de sitio las cosas, sopla y mezcla, un soplo que también es arcilloso. El dedo penetra como un

pequeño arpón multiuso en la viscosidad que habitualmente ignora. La habitación que ocupaba con papá, siempre la misma, estaba exactamente encima de esta, dos pisos más arriba.

Vivo días iguales, duermo poco, mastico aspirinas y comprimidos de vitaminas, como esa fruta confitada de las Navidades, miel y yogur, arándanos y Nutella. Recostada sobre la cama en la habitación del hotel, acurrucada como una adolescente que descubre su cuerpo, las dimensiones, los llenos y vacíos, dejo que el pasado se deslice por encima de mí como una bata de seda con forma de quimono.

Además de a Parma, papá me llevaba a Igea Marina para Pentecostés. En nuestro hotel festejaban Pentecostés con un gran banquete, fiesta religiosa que se había vuelto profana, muchos alemanes ruidosos que llegaban para la ocasión en unos autocares larguísimos y llenos de accesorios, por lo general de color burdeos o grises, que no sabían aparcar. La temporada aún no había empezado y en la habitación hacía frío. Cuartos sin ocupar en un hotel de mar. Mantas insuficientes y *plaid* azules. Yo siempre estiraba todos los hilos y los retorcía. Por la mañana bajaba temprano para no perder ese soplo acuoso que lo envolvía todo, las presencias en el salón comedor y en un rincón los cuencos para la sopa, uno encima de otro con algún residuo. Había rastros de arena del año anterior, la arena no se pudría. Se pudría alguna otra cosa, yo oía que Leopoldo le decía a la propietaria: «No, una camita no, la niña no está acostumbrada, mejor una cama de matrimonio».

En la sonrisa había el mismo placer de las monjas del internado. Perversa pero real. Una sonrisa que se componía y descomponía esbozando máscaras y extrañas expresiones de turbación. Era un hombre de mundo mi padre.

El hotel se parecía a los demás, el paseo marítimo era una sucesión ininterrumpida de grandes paralelepípedos de colores marinos junto a casas de labranza un poco abandonadas. En los jardines de color bizcocho seco había sofás–balancín resquebrajados hechos con tablillas de plástico naranja.

Se movían un poco con el viento primaveral. Un empujoncito, un papirotazo. Los veía desde la ventana de la habitación cuando Leopoldo decía: «Quedémonos juntos un rato». A veces me asustaban esos sofás–balancín que desde lejos parecían pecios, algo muerto. Entonces me metía debajo de la mesa, me balanceaba adelante y atrás de cintura para arriba durante una hora para reconfortarme, ahahahAHAHAH. Era mi letanía personal para que se me pasase el miedo a aquel cuerpo, a aquel deber que me daba ganas de vomitar. ¿Acaso era también aquella la vida que con su brutalidad aniquila? También veía los sofás–balancín al pasar en coche y la imagen no me quería abandonar, desaparecía de una ventanilla y aparecía en otra. Una sucesión de sofás–balancín anchos y estrechos. Balancines atados a ramas de los árboles, balancines hechos con viejos neumáticos. Tengo imágenes de balancines impresas en las retinas. He tomado apuntes donde hago vivir a los balancines como seres humanos.

La preparación del bufé empezaba por la mañana temprano. Había la aprensión que antecede a un gran acontecimiento, a algo significativo. Un frenesí.

Era como antes de un orgasmo. Un apremio, una fuente. Fluorescentes un poco podridos, humedades y olores. Cada persona con su actitud: uno aguardaba, otro daba saltitos, otro regaba el césped distraídamente. También allí había un sofá–balancín, pero en perfecto estado.

Entremeses, aperitivos, pescado, ostras, parrilladas variadas, fiambres, avanzábamos ordenadamente, en fila india, como escolares, con el plato en la mano. A continuación, los primeros platos en la gran sala de vidrieras ovaladas y cortinas amarillas en acordeón. Hinchadas, esponjosas.

El mar de entonces lo recuerdo violeta oscuro, fangoso, sucio. Leopoldo cataba el vino, yo bebía un poco hasta casi aturdirme. Alrededor la gente armaba bullicio. Al finalizar la comida los cocineros daban una vuelta por el salón mostrando una gran tarta de frutas sobre un lecho de nata montada. Las fresas formaban arabescos, a veces había una inscripción con buenos deseos. Por el cumpleaños de la propietaria, por la temporada que estaba a punto de empezar. La gente aplaudía, yo me sentía incómoda. Tal vez me

pesaba la embarazosa obscenidad de nuestra situación.

Sé por anticipado que no lograré reconstruir el tiempo, quitarme de encima los hechos inútiles del pasado, hacer limpieza de alguna manera. Mi cabeza está hasta tal extremo atiborrada de todo que saboreo la derrota de mis incursiones por los pasillos de la memoria. La memoria de entonces, cuando me daba miedo la muerte, tan cercana, casi a mi lado.

Aquel mar de Igea Marina, violeta oscuro y espantoso, es el mar de mis pesadillas. Tan sólo si me acurruco debajo de la mesa y me balanceo logro tranquilizarme. Sueño con él a menudo. Estoy corriendo por la playa y hay una niña vestida de blanco con un barquito en la mano. Canta: «Había una vez un barquito chiquitito, que no podía, que no podía, que no podía navegar, pasaron un dos tres cuatro cinco seis semanas y aquel barquito, y aquel barquito, y aquel barquito navegó, y si esta historia os parece corta, volveremos, volveremos a empezar».

La niña tiene una voz cursilona y conozco la ropa que viste. El vestido de la primera comunión, el vestido que la abuela Licinia ha ido pasando a todas las nietas. Un vestido blanco con puntillas y bordados.

«Señor, no soy digna de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para salvarme».

Con aquel vestido estaría un poco más a salvo que los demás, la abuela estaba segura.

Aquel vestido apestaba a viejo y a muerto. Puntilla amarillenta como los mantelitos quemados de la jarra de la leche. Había sido de su madre y su madre estaba muerta.

Lo enviaba a limpiar siempre a la misma tintorería; lo llevaba allí la tía Leandra como un objeto preciosísimo, una perla.

La niña del vestido se balancea, mira el mar pero no se da cuenta de mi presencia. Yo corro hacia el espigón, dejo un rastro de pequeñas conchas de bordes algo mellados. Un Pulgarcito marino. Por el espigón viene a mi encuentro un hombre de mirada severa

vestido de punta en blanco. Camisa, chaqueta, corbata y sombrero: un *borsalino* un poco de malhechor. También calza zapatos, en la playa es raro. Lleva en la mano una imagen sagrada, la reconozco desde lejos, es rosada y azul, estrecha un corazón, es la Virgen. Me la muestra, blandiéndola casi como si dijera: «Ella te castigará». Yo huyo y vuelvo hacia donde está la niña, me castigará, ya lo sé, porque en el internado no le enviaba el besito. Pero la niña ya no está.

Está el barquito medio cubierto por la arena, y el vestido sobre una tumbona. Doblado y limpio.

«Aprendiste pronto a utilizar tu sexo para conseguir lo que quieres, ¿verdad? Y cuando seas vieja, ¿qué harás cuando seas vieja, eh?».

No le escucho, no quiero escucharle, me tapo los oídos y huyo a la carrera mientras él sigue riendo y gritando: «¡Pronto, aprendiste pronto!».

En la estación habitual de metro acude a mi encuentro Jovanka. Quiere que la invite a una copita de licor con bizcochuelos. Así bebe y se alimenta, así se calienta un poco. Nos plantamos ante la barra del bar, a nuestro lado hay un viejo desdentado y con una insignia redonda en el ojal de la chaqueta y la camarera sirve desganadamente el café.

Jovanka tiene una edad indefinida. Sus ritmos y sus movimientos están perfectamente sincronizados con los de los trenes.

Tras un viaje hacia atrás en un patético intento por iluminar el pasado, de buena gana vuelvo al trabajo. Entre las casas del extrarradio, aquello, las fantasías de Parma y todos aquellos olores y recuerdos, se me antoja insondable y vicioso. A las nueve estoy en el local, que acaba de abrir. Llevo bebidas de colores y es como llevar varios arco iris. Escucho la música y la miro zambullirse en el líquido colorido, hop, hop, como decía mi tía Lea. Somos cuatro

camareras y una chica que atiende la caja. El propietario es un hombre guapo de ojos claros y hombros un poco cargados que le dan un aspecto pensativo. Cierto día, mientras me cambiaba en el cuartito reservado, él entró: «Perdona, no sabía que estabas aquí, lo siento».

Pero no se movió, se quedó inmóvil cerca de la puerta y siguió mirándome fijamente con unos ojos que parecían aún más claros y perdidos a mi espalda, en la pared. Yo estaba en sujetador y braguitas, una media caída y con algún desgarrón, pero no sentí el menor embarazo. Tal vez desde aquel día quedó reforzada su convicción de que yo era fría. En el vestidor había una luz débil y parpadeante, una luz un poco puta, y un algo pegajoso que atraía a nuestros cuerpos como un eco lejano. Resistí. No quería mezcolanzas entre el trabajo y la vida privada, y no hay lugar para derogaciones. Claro que en ocasiones sentía la necesidad de un cuerpo. Olores, caricias, un contacto. Pero tiene que ser un cuerpo desconocido que no volveré a ver nunca más. Es una necesidad que me viene de manera cíclica, no sé decir exactamente cada cuánto, es un estremecimiento a lo largo de la espalda. La sensibilidad se acentúa y aunque los transeúntes apenas me rocen reacciono con un sobresalto. Estoy húmeda e inestable como una piedra del puerto.

Salgo por la noche y me está bien un local, el autobús, la calle. Por la calle hay más posibilidades de escoger, pero es menos selecto.

Me están bien los aseos de ciertos locales, espaciosos e iluminados por una luz azulada. Así lo resuelvo todo muy rápidamente, apoyada en un rincón, encajada entre el lavabo y el váter. A veces busco alguna mujer en algún local de alterne. Las mujeres me dan corte, me recuerdan a mi madre y a esas ansias suyas de perfección que no lograba disimular su acentuada fragilidad nerviosa. Hace algunos meses conocí a una mujer mucho mayor que yo, de rancio abolengo, menuda y más bien afectada, Oleandra. Le permití que me tocase, que me rozase los senos con la boca mal pintada. Tendía los labios hacia mis gruesos pezones y ella volvía a ser una niña, yo miraba la habitación y con una mano le acariciaba la espalda. Estaba caliente. Mientras ella gobernaba el tumulto de sus sentidos y yo sentía que sus manos se apoderaban de

mi cuerpo, respiré entre su pelo suelto un perfume como el de Letizia, mi madre. Nunca volví a verla.

Con el desconocido hablo lo imprescindible, enumero mis gustos con precisión. Necesito palabras fuertes.

Durante la relación sexual no tengo que ver la cara de nadie encima de mí y me pongo una máscara negra. Habitualmente creen que se trata de un juego erótico y aceptan de buena gana; si no, se marchan. Ningún rostro, ninguna expresión, tan sólo carne, gemidos y olores. En esos momentos regreso al internado y me entrego a las sombras. A nadie le permito ver mi rostro abandonado al placer, sólo Gilbert podía hacerlo. Ciega y sintiéndome protegida, me embriago de manos que buscan a tientas la mejor manera de tocarme, me aprietan los pezones, que tienen el grosor de la falange de un dedo, me dan empellones fuertes y decididos. El olor a limón del esperma se me sube a las narices, sudor, saliva, me gusta que me la escupan en la boca para luego sorberla como una ventosa. Esos olores tienen que bastarme para al menos un mes.

Calles mojadas e iluminación de vía de circunvalación. Faros de luz un poco puta. De nuevo alcohol. Amarlo a él para saber que no puedo amarlo. Amarlo para saber que no puedo poseerlo.

A Gilbert lo conocí en el metro. Estaba pintando unos graffiti en un rincón algo oculto, gritando a voz en cuello: « *L'essentiel c'est de montrer une forme, sans la forme il n'y a rien*».

Observé el loden azul con la solapa del cuello levantada, el pelo gris y un aire casi peligroso, una especie de fatigado deseo de afecto que se mantiene un poco secreto. Se notaba por los movimientos de la mano. Yo estaba en Roma, pasando unas vacaciones sin Leopoldo porque él estaba muy ocupado. No me gustaba la ciudad, me molestaba la luz del día siempre demasiado violenta, un halo de luz tumultuosa propia de un rincón de plaza. Todo el día daba vueltas en taxi y me gustaban las piernas de las mujeres, los matorrales de un verde inesperado y alguna que otra fachada barroca un poco sucia. Bajé del taxi y me acerqué a él.

Me dijo que era pintor y que venía de Luxemburgo.

Hablaba un italiano bastante correcto, con un fuerte acento extranjero:

—¿Me invitas a comer? Hace dos días que no como.

Buscamos un snack bar y él pidió un potaje de alubias tibio, me lo dio a probar y yo me acordé de mi padre y quise decir «está buenísimo», pero las palabras se me morían en la boca.

—¿Cómo es Luxemburgo? —Era un sitio lejano y del norte que no conseguía imaginarme. Pequeño y próspero, algunos comercios, inseguridad acerca del idioma, bancos.

Me sonrió. Siempre le vería esa sonrisa cuando hablaba de su ciudad.

—Es una ciudad con la identidad de un vestíbulo de estación, es confortable pero sigue siendo irremediablemente escuálida y a menudo está como amodorrada. No por casualidad cuando estoy en casa paso la mayor parte de mi tiempo en la estación, es como la reproducción en pequeño de la ciudad. La estación de Luxemburgo parece una iglesia, en el vestíbulo hay hasta una vidriera como las de las catedrales, juegos de luces y transparencias tipo Chartres, y fuera hay una especie de campanario. Hace cien años acudían en peregrinación desde Esch, ya verás.

Acabábamos de conocernos, apareció ante mis ojos la estación–iglesia. Había hecho brillar por un instante un proyecto.

Después agregó:

—En esta época del año, en Luxemburgo los árboles tienen el color de la fruta madura, el color del otoño y la abundancia. Hay sol y los atardeceres son rojos como el crepúsculo. Pero todo, tarde o temprano, acabará en nevada.

Nunca un hombre, alguien ajeno a la familia, me había provocado un verdadero transporte emotivo. Sí sentía como un antojo por el vigilante del internado, aquel que tenía todas las llaves y las hacía tintinear en el bolsillo. Me inspiraba una sensación de misterio y poder cuando él paseaba por la oscuridad violenta y enmohecida de aquellos pasillos o cuando me dedicaba una atención especial muy física y hecha de olores y rumores imperceptibles. Yo me imaginaba que por lo menos en una de las habitaciones que custodiaba tenía guardado un secreto y que él era

como Barba Azul. Cierto día rompí un cristal con una pelota y él me azotó en el trasero.

Me tendió sobre la mesa del refectorio, me bajó las braguitas (blancas y altas, sin puntillas, compradas en Standa por la tía Leandra, de esas que si compras tres te hacen descuento) y sentí su mano sobre mi culo desnudo, un golpe, dos, tres. Era enorme y estaba cubierta de callos y pequeñas heridas, cada vez me dejaba una ardiente huella roja, cuatro, cinco, seis golpes, el hombre sudaba y parecía no poder detenerse.

Antes de conocer a Gilbert todavía me masturbaba recordando aquel episodio, siempre oyendo a Schubert.

Un amor abatido, de esos que también dan algo de miedo, un amor como el de Jehovah y Jovanka, uno de esos amores de la pérdida y del deseo, un amor como la música de Bach, sencillamente (entre una salpicadura de saliva y una felación con la lengua afuera que bate sobre la punta del pene como una raqueta de pimpón). Lo había esperado, esperado largamente e imaginado y…

Llamé a Leopoldo por teléfono y le dije que me quedaría en Roma unos días más. El corazón me latía con fuerza.

—¿Cómo? Mañana es el cumpleaños de la tía Lea, ha preparado una comida magnífica, no puedes dejar de venir. Ya sabes que cocinando la tía hace maravillas.

Ese lenguaje afectado, lleno de vocales, los olores, sus manos de uñas cuadradas. Esa ciénaga podrida, ese limo oscuro, los rumores y los susurros.

Debía resistir.

—Me quedaré unos días, he conocido unas personas interesantes.

Noté que le temblaba la voz.

Sombras de celos, un poco negras y picantes, un poco agridulces, como la *mostarda* para acompañar la carne del cocido.

Hacían falta las palabras adecuadas, esas que parecen juegos de construcción y que contienen otras, esas palabras tranquilizadoras

sin ser comprometedoras, esas palabras que dan colores neutros y uniformes a las cosas, palabras de viejo libro escolar con casillitas y la figura para colorear.

No me salieron.

Perduraron las sombras de celos.

Le pedí también que me enviase dinero.

«El dinero no ha de ser jamás un problema», decía la abuela Licinia.

Al día siguiente me reuní con Gilbert en la estación Termini.

Había un ir y venir de muchachos con paquetes de Burghy, mujeres que buscaban mozos de cuerda, taxistas abusivos con camisas de mangas cortas que preguntaban «¿Taaxii?» guiñando el ojo como si ofreciesen droga o algo prohibido.

Bajamos al *drugstore* abierto las veinticuatro horas. Nos daba seguridad.

—¿Sabes? Puedes comprar pan a las cuatro de la mañana del día de Navidad o alcachofas congeladas, y una pila el lunes de Pascua a medianoche.

Las combinaciones eran infinitas. En Luxemburgo no había *drugstores*.

A las seis de la tarde cerraba casi todo, salvo la cafetería de la estación, naturalmente.

Comimos bocadillos blancuzcos con poco jamón envueltos en celofán.

—«*Wir wollen was wir sind bleiben*», queremos seguir siendo lo que somos. Es una frase del himno nacional luxemburgués. Es válida también para mí.

Quería decir algo. Algo de cara al futuro.

Me acordaría de eso.

«Cuando estás desnuda eres la más desnuda de todas las mujeres que he conocido». Y yo, vestido tras vestido, gajo tras gajo, le revelaba el alma.

Sólo mucho tiempo después me enteré de que era una frase de una

película.

Gilbert vivía en un pequeño apartamento del antiguo gueto judeo–romano que le había prestado un amigo. Me invitó. Estaba situado encima de un edificio sin ascensor, con un techo a manera de buhardilla que no te permitía erguir la espalda. Una enorme terraza que daba a los tejados y a una plaza barroca y desconocida.

Había grandes cuadros por todas partes, enormes telas apoyadas contra las paredes y pinturas y papelotes.

Empezó a pintar completamente desnudo salpicando de color el cuadro directamente del tubo.

—*C'est comme ça, je le sens, il y a la chose elle–même et c'est tout.*

Tenía un pene pequeño y un poco retraído y pelos claros que lo cubrían casi por entero. Meó sobre la tela y el color empezó a chorrear en grandes gotas oscuras. Después se acercó a mí y me hizo rodar sobre la tela, hicimos el amor en un pantano de meados, color y esperma. Todo era purísimo, casi deslumbrante. Echados juntos sobre la gran tela, me abrazaba de espaldas y se restregaba entre mis piernas.

Me incorporé, eso no lo podía hacer.

Un café veneciano, típicamente veneciano y lleno de estucos, butacas de terciopelo y mármoles rosados que forman arabescos alrededor de la barra del bar, ostras belon *exhibidas ante la entrada sobre grandes bandejas de plata («las* belon *son las mejores, no hay comparación», decía siempre Leopoldo cuando, para celebrar algo, aniversarios sin importancia, me llevaba al restaurante).*

Hay cuadros con góndolas estilizadas en las paredes claras y todo se agita en un leve estremecimiento.

Hay un hombre sentado frente a mí sorbiendo un aperitivo con el meñique levantado.

«¿Sabes?», me dice sin dejar de sorber, «tú tienes la personalidad de la prostituta».

El ambiente sigue siendo típicamente veneciano y me invaden olores de comidas. A través de una ventana veo el resplandor del agua e

imagino su sordo chapoteo contra algunas góndolas volcadas y abandonadas.

Le miro.

A su espalda hay un cuadro, con un gran marco dorado, que representa a un ángel guerrero que baja amenazador hacia unos peregrinos aterrorizados.

Podría ser un hombre interesante, sonriendo ligeramente le digo: «Gracias».

A mis ojos les molesta esa luz perfectamente frontal y, en el fondo, la resignación.

El indecente extrarradio me ha regalado un sopor permanente. Tal vez sea ese el estado de ánimo de las monjas que pasan su tiempo en adoración o de ciertos miembros de las sectas más variadas. Hay incluso cierta gracia cuando encienden el incienso y las velas con aroma a sándalo.

Todo huele como una catedral.

La catedral en Nochebuena, la abuela Licinia que no se tiene en pie y Leopoldo que la acompaña para comulgar, el sacerdote acerca la mano arrugada a sus bocas pero papá la rechaza. Un respingo de decencia.

Sigo tomando apuntes, pero se trata de historias evanescentes, incluso en el papel siguen siendo humos, extraños fantasmas.

La luz es poco delicada, se extiende sobre los cristales como una pelusilla. Decido pasear hasta la estación de ferrocarril del santo guerrero. Gozo al ver cómo se desvanece el suburbio para dar paso a toda esa desolación. Esta vez la alquería que tiene las persianas bajadas a medias difunde música de Mozart, la música corta el aire y corta también mis vísceras. Piruetas de un enorme cuchillo.

La mujer de pelo lacio se mantiene invisible. ¿Existirá?

Entro en el edificio semiderruido de la estación y descubro restos de farolillos y algunas bombillas. Pequeñas fiestas de ferroviarios, no consiguen atenuar la sensación de muerte y de vacío. También la Navidad, en casa, estaba agobiada por el mismo peso, por esta sensación sombría.

La tía adornaba un árbol giboso y se ponía el enésimo vestido

largo e informe, pero en esta ocasión rojo.

Cocinaba con más esmero del habitual. Después yo vomitaba bocados de comida todavía enteros, el relleno de los *tortellini*, la verdura. En aquel período vomitaba con frecuencia, salía todo y después me sentía libre, como regenerada.

La comida del día de Navidad era siempre la misma, un menú clásico, respetando la tradición. Variarlo hubiera sido una inopinada elección de mi tía, y ella, como ya he dicho, no quería elegir.

También Gilbert estaba obsesionado por la sensación de muerte y de vacío. Bastaba con poco, inesperadas oleadas de olores y sabores. Los ojos de su madre, que se notaba que ya estaba enferma, se le aparecían entre las sombras del metro o en la habitación. Ojos donde la muerte había empezado a cavar su trinchera, que en aquel entonces todavía era un leve arañazo; ojos como los que en cierta ocasión había visto en una película surrealista, pero estos eran ligeros y fluctuaban sobre una música de Satie, en tanto que los de su madre eran amenazadores y estaban transidos de dolor. En esos momentos se quedaba profundamente postrado y yo me alejaba. De todas maneras yo lo disculpaba, era un artista.

Gilbert buscaba hombres que en los lavabos del metro le hiciesen una mamada rápida, decía que la ternura también se transmite a través de una mamada y de la lengua de esos hombres: espesa como cuero de cerdo, mitigaba lentamente sus heridas. A menudo esos hombres le mordían de buena gana las tetillas, a veces le golpeaban. También él necesitaba castigos, como yo.

Yo deseaba que hablase largamente de su arte, que me contase cómo trabajaba.

Le planteaba tímidas preguntas, tratándolo siempre de usted.

—*Comment abordez–vous un tableau?*

—*Je commence par…* —se quedaba callado, a veces hasta diez minutos, miraba al vacío, frente a él, o acaso el cuadro— *faire des taches sur la toile… Irrationnelles… Soudain une tache va me suggérer la méthode rationnelle, par laquelle je vais pouvoir mener à la réalité l'image que je porte en moi.*

—*Vous essayez d'en donner le sentiment dans votre peinture?*

—*Si cela est vrai, c'est inconscient.*

Y después nuevamente silencio.

Sus cuadros estaban llenos de las manos de su madre. Manos envejecidas y llenas de manchas, manos unidas como en una plegaria, las manos pequeñas de ella cuando era una muchacha, joven luxemburguesa de padre francés, manos estilizadas que no parecían manos.

Yo las miraba fijamente: dedos entrelazados de largas uñas.

Esos dedos, la primera vez que los vi, me parecieron penes: esos penes delgados y móviles que siempre decepcionan, pero no le dije nada.

Tenía que regresar. Un extraño siroco agitaba los árboles y yo miraba un escorzo de panorama desde un banco. Panorama mortificado de primavera fatigada. Mis vacaciones romanas estaban a punto de terminar.

—Entonces iré a recogerte a la estación —dijo mi tía Lea—. He preparado buñuelos de castañas.

También tenía que volver al trabajo. En aquella época preparaba la tesis universitaria y hacía investigaciones para una agencia. Era un trabajo sin horario fijo, pero hacía demasiado tiempo que no aparecía por allí.

No quería dejar a Gilbert.

Busqué una excusa para ganar un poco de tiempo, como cuando en el internado quería eludir la clase de economía doméstica. Empezaba dando excusas tranquilas: después, si no funcionaban, montaba auténticos dramas, situaciones extremas.

Yo no percibía el obstáculo.

—Papá, estoy enferma, tengo algo de fiebre, no puedo viajar.

Los celos lo volvían desconfiado.

—Nunca te pones enferma, es muy extraño. Si quieres, voy a buscarte.

—Un viaje tan largo… Te has vuelto loco. Esperaré dos días más y después iré en tren.

—No, debes venir.

Era la voz que no admitía réplicas, yo la conocía.

Me encontré con Gilbert en la casa de su amigo en el gueto, con una mano pintaba, la otra la tenía metida dentro de los pantalones y se estaba tocando. No era un gesto sexual: era un gesto sin más, lo tranquilizaba.

Sus genitales húmedos y cálidos sabían que no había que dejarlos a solas. Me pareció percibir olor a gas y fui a la cocina para comprobarlo.

Había un aparatito, uno de esos que en caso de escape de gas emiten un sonido continuo y estridente; lo acaricié y pensé que el amigo de Gilbert era una persona seria y prudente.

«Yo también me compraré uno».

En la sala había un ordenador y Gilbert, para relajarse cuando no pintaba, se comunicaba por internet con *news–group* franceses muy particulares. Simulaba ser una mujer y ponía anuncios siempre diferentes.

«Je suis une dominatrice de 28 ans, tout jeune mais avec beaucoup d'expérience, je suis brune, bien roulée avec un corps de reine et un cul bien moulé».

Se metió en el papel, empezó a hablar con una vocecilla estridente y nasal, y yo le toqué el culo.

—Quiero palpar el culo de esta dominadora.

Entonces se calzó mis zapatos de tacón alto y empezó a caminar con paso oscilante por la habitación. Un travesti–pintor–burlón.

Trazó sobre sus labios una línea roja con mi barra de carmín y se cubrió el pelo con un pañuelo. Meneó las caderas apoyándose en los muebles.

—*C'est le travail de la sensation.*

Cayó agotado sobre la cama y yo me eché encima de él para buscar restos de pintura seca entre los pelos que ocultaban su pene. Con él el sexo era ligero, me sentía liberada de todo.

A veces se volvía violento, pero porque yo se lo pedía expresamente. Entonces se hacían realidad los sueños de los castigos, me ataba a la cama con una cuerda que me dejaba huellas enrojecidas en las muñecas, a veces me abofeteaba, presa de una especie de frenesí, la cara se me volvía hacia un lado y hacia otro, no lograba ya detenerse, y yo sabía que así expiaba el pasado con Leopoldo.

No se podía relatar lo que hasta aquel momento yo había vivido.

Todo tenía que quedarse dentro, como encerrado en aquellas habitaciones, entre los aromas de la cocina de mi tía. A lo sumo en Parma o en algún hotel confortable. Hoteles siempre distintos. Grises y anónimos, o lujosos, con camareros deferentes, hoteles con entradas discretas o con banderas y enormes puertas giratorias. Hoteles descubiertos por casualidad o indicados en las guías.

Todos los sábados Leopoldo merodeaba por las librerías y regresaba con guías y mapas. Itinerarios alternativos, hoteles con encanto, cuando me los mostraba tenía la misma expresión que cuando por las noches golpeaba levemente en mi puerta. Una expresión maliciosa y vergonzosa al mismo tiempo.

En mi libreta de apuntes he descrito todos los salones comedor de los hoteles que hemos visitado. Todas las mañanas bajaba sola a desayunar con la ingenua convicción de que el nuevo día pudiese depararme felicidad. Eran las siete y media, a lo sumo las ocho, Leopoldo aún dormía y por la ventana que dejábamos abierta entraba una luz de consistencia finísima y delicada. Yo comprendía e intentaba no despertarlo. Me vestía a toda prisa, era el momento de la reconciliación. La luz baja, las ventanas abiertas sobre un escorzo de ciudad o sobre un panorama campestre, sobre el mar o sobre una plaza. Pedía en un susurro: «Un chocolate, por favor».

Me acercaba al bufé y llenaba mi plato de finas lonchas de jamón dulce y mantequilla, un zumo de naranja y un café. Me sentaba, sola, en un rincón apartado. Jamás habría renunciado a esos momentos de reconciliación aunque Leopoldo hubiese preferido que le llevasen el desayuno a la habitación. Yo debía romper del todo con esa promiscuidad, con el sudor, con el olor a cerrado. Aunque sólo fuese por un rato.

Cada vez pensaba en huir y en no regresar nunca más. En cambio, me perdía por el pasillo, vagaba por el vestíbulo observando a la gente que iba y venía, me sentaba en los sofás de la entrada imaginándome una extranjera. Experimentaba un *dépaysement*, como un extrañamiento, largamente deseado, mientras todavía tenía en el cuello el calor de su aliento y en el cuerpo la huella de sus manos de uñas cuadradas.

De alguna manera me sentía obligada a satisfacerlo.

Había empezado en Parma diciendo: «Estoy empalmado, eres mi obsesión, siento aquello que siempre había soñado sentir, mamá nos ha traicionado, nosotros somos cómplices».

«Promoción especial para la limpieza del calentador y de la caldera. Este año también estamos a su disposición para la revisión general y el control del buen funcionamiento de su caldera. Si solicita nuestros servicios fuera de temporada, usted se beneficiará de una notable reducción del gasto, permitiéndonos efectuar un servicio más eficaz y apropiado».

Los buzones del edificio en que vivo son marrones, todos los apellidos están escritos con la misma caligrafía un poco revoloteante.

Recibo poco correo, Victor, facturas, publicidad. Esta última me interesa. Inmediatamente llamo por teléfono, aunque ya no estemos fuera de temporada.

Nunca recuerdo con precisión a mis desconocidos, sus cuerpos se confunden y asocio un rostro con otro cuerpo, manos y piernas diferentes, penes y olores y palabras y las ganas de sentir cómo exhalan el último aliento entre mis piernas tras haberme dejado exhausta de manos y lengua y escupitajos y besos por todas partes siguiendo los cánones de las Variaciones Goldberg, una música de absoluto rigor que no conoce comienzo ni final ni tampoco una verdadera resolución, como mi placer y también como mi pesar y melancolía, tal vez.

Mamá era una traidora, yo no podía negar que Leopoldo tenía razón. Se había marchado dejando tras de sí una estela pequeñísima, casi nada. La baba viscosa de un caracol, tal vez. Viscosa, e incluso ahora, cuando veo sus fotografías (pocas, siempre en pose), las rompo.

He reconstruido los recuerdos, lo hice con la ayuda de las fotos, de los relatos de mi rencor. El rencor tiene enormes poderes.

Ella disfrutaba de una posición social lo bastante alta como para

gustar a Licinia y su nombre tenía la inicial adecuada.

«Cásate con ella, es pasable, ciertamente no está a tu altura, pero ninguna lo está». Mientras decía esto, su madre le acariciaba la cabeza, los brazos cargados de oro tintineaban amenazadoramente. Después, con brusquedad, añadía: «Ahora basta de tonterías, tengo que ir a misa».

Él se regodeaba en esa idea y no veía llegar el momento de decir: «Tengo una esposa, una familia, una estabilidad».

Letizia tenía veleidades de aristócrata francesa en decadencia. Yo jamás habría podido decirle que, cuando era niña, soñaba con culos exhibidos y cortados en tajadas.

Llevaba las uñas tan largas que cuando me cogía de la mano dejaba pequeños arañazos como los de los gatitos.

Tenía esmalte de uñas de todas clases y de todos los colores, pero tendía a usar los rojos brillantes. Alineaba los frasquitos sobre la repisa del cuarto de baño y por la mañana se demoraba, complacida, en la elección. Y luego limas grandes y pequeñas, copos de algodón rosa y cremas.

«Para ablandar las pieles».

En el cuarto de baño dejaba olores, unos olores que a papá le gustaban. «Ella es el infierno y el paraíso», decía.

Era una mujer presuntuosa hasta la indecencia, una presunción algo corrupta. Adoraba su nuca y decía que era hermosísima, como un ánfora egipcia, y que nadie tenía una nuca como la suya. Para exhibirla se levantaba el pelo y se adornaba con collares, cadenas de oro y perlas de río. Los aretes nunca debían colgar demasiado.

«Tienes una nuca preciosa, verdaderamente preciosa», le decía papá, pero no era suficiente para dejarla conforme.

Se dedicaba a la decoración de interiores y decía que la belleza era su único interés. Al principio fue una valiosa aliada de la abuela Licinia en la desesperada lucha de esta por no envejecer. *Lifting*, cosméticos, aguas termales. La abuela se volvía cada vez más patética y mamá se alejaba de ella. Por último decidió no compartir ya nada con aquella máscara monstruosa que goteaba base de maquillaje. Ella quería lo bello, era lo bello.

Objetos bellos, grandes bolsos de oloroso cuero, trajes hechos a medida, jarrones de cristal de Murano, flores secas con las que

componer ramos.

Se ocupaba de las viviendas de los amigos ricos, hermosas villas en las colinas. Si viese mi indecente apartamento de suburbio se sentiría mal.

Vestía blusitas almidonadas y llevaba collares que caían un poco más abajo del cuello de la blusa, yo la besaba, pero ella se escurría, la besaba papá y se abandonaba pero sólo un instante, un poco aburrida.

Leía con avidez el *Paris–Match* cuando no trabajaba, y recortaba las viñetas de Wolinski.

«¡El humorismo francés es sublime!».

Encontré todas aquellas viñetas en su cajón, junto con artículos recortados de los periódicos, amarillentos y abarquillados. Sociedad, política, curiosidades. En sus cajones también había viejas partituras con cruces trazadas a lápiz al margen de algunos fragmentos.

Tocaba el piano pero no con maestría, era contenida. Se ocupaba del desempeño de papeles y funciones, no de cosas o de sentimientos.

El piano era negro, recubierto por un paño color burdeos con una inscripción dorada en alemán, «Klaus Stuttgart».

Cuando ella se marchó, la tía regaló el piano; sin embargo, incluso cuando estaba cerrado, era ornamental. Inmenso, autoritario, de un bello negro reluciente que limpiábamos con alcohol; todos los que acudían a casa decían: «¡Qué piano tan bonito!».

Encima había animalitos de cerámica de Capodimonte y algún objeto de peltre.

Mamá tocaba piezas de Mozart, inclinaba el busto hacia delante, había dignidad y belleza pero no había pasión.

También papá tocaba y en él tampoco había pasión, no siempre. Había fatiga, dolor. Como si las vibraciones de algunas notas contuviesen el secreto del mundo, que se dejaba desvelar con un esfuerzo increíble.

Este es un recuerdo preciso, las manos de ambos sobre el teclado.

Se deslizan, se rozan; papá, ya lo sé, contiene el aliento.

Las de mamá son nerviosas, delgadas, de uñas larguísimas recubiertas de un rojo brillante. Anchas y claras las de papá. Alguna que otra mancha sobre el dorso que yo no quería ver porque eran indicio de que estaba envejeciendo.

Yo sentía que no lo podía permitir. Para mí él era joven e inmortal.

También en la casa «del amor vivido» había un piano, pero ese era marrón. Una casa desierta y un poco en las afueras de la ciudad que también llamábamos así, no sin una pizca de ironía.

Se llegaba a ella por una carretera estatal llena de rotondas. Me gustaban las rotondas, que obligaban a los coches a movimientos armoniosos desprovistos de prepotencia. La carretera estaba bordeada de parques umbríos y restaurantes con patio y el cartel «vino y cocina» o «ancas de rana fritas».

A papá le gustaban mucho, aunque a mí me repugnaban un poco. Las comíamos también en Génova. Crujían bajo los dientes como patatas fritas, pero en realidad ocultaban algo que había estado vivo, un pequeño cuerpo, patitas.

La casa estaba sobre una colina pelada, aislada de las demás. Alrededor, pero mucho más lejos, otras casonas, propiedades, animales pastando. La casa en lo alto, sumergida en el aire nocturno, transparente y porosa, recortada.

Era la herencia de una vieja parienta algo excéntrica. Hasta los noventa años había mantenido en su modo de arreglarse y de comportarse coqueterías un poco patéticas. Se teñía el pelo de un color rubio años veinte que inmediatamente se desteñía y hacía que su cabeza pequeña y redonda pareciese un campo de trigo antes de la cosecha.

Un solo anillo, como todas las grandes señoras, el escudo de la familia reproducido en oro, y en el cuello una gargantilla de terciopelo negro con un camafeo para ocultar las arrugas.

Papá le gustaba porque la trataba con garbo y galantería. De alguna manera la hacía sentirse deseada, le daba en la mejilla besos húmedos de saliva, le lanzaba miradas de reojo y le acariciaba un hombro.

Sabía lo suyo papá.

Por eso ella decidió dejarle la casa con todo lo que había dentro. Los armarios llenos de viejas ropas suntuosas, velos y puntillas. Manos de cerámica para sostener brazaletes, joyas. Los viejos anillos de la madre, las cruces de plata.

Era un gran regalo, era como dejarle fragmentos de ella misma. Algo inmortal.

La casa tenía dos plantas, con una escalera de anchos peldaños. Una gran sala un poco fría, espejos, muebles antiguos y cuadros. Casi todos eran retratos de ella. Retratos oficiales con vestidos de gala, ella en primer plano, retratos a caballo. Nunca tenía más de cuarenta años.

En las paredes había estucos barrocos que parecían hechos con la manga para decorar tartas, y además una chimenea, estantes llenos de objetos raros, estuches de oro y de plata, tabaqueras y recuerdos de viajes. En el salón, el piano estaba siempre recubierto por una finísima capa de polvo.

Leopoldo siempre decía: «Veamos si todavía consigo tocar», y lo conseguía, sin dificultad. Tal vez dependiese del instrumento, pero allí el resultado era mejor. Y no se trataba de aquellos dúos hechos de roces de manos. Era una música sólo suya y, en parte, también mía.

Una música que se deslizaba por las escaleras con la misma agitada aprensión que mostraba la vieja nonagenaria cuando íbamos a visitarla, una música hecha de pasiones sacrificadas durante toda una vida.

¡Ah!, me gustaba verlo tocar así, era otro.

Yo le escuchaba sentada en un extremo del sofá, o bailaba.

Bailaba de una manera desprovista de gracia, sin preocuparme por ello.

Movía las manos y trazaba amplios círculos en el aire delante de mí, hop, un viejo minué, la sensación de estar rodeada de dioses y de espíritus buenos, como pensaban las monjas del internado.

Hop, de un salto tocaba la araña de cristal y hacía tintinear sus pequeñas lágrimas polvorientas.

Yo saltaba y él tocaba, y nuestras piruetas, las mías y las de la música, se encontraban en el aire formando como un precioso

bordado.

Después me arrojaba sobre el sofá, aturdida, sudada, feliz.

De buena gana acudíamos a la casa del amor vivido, donde nunca olía a gas. Había olor a viejo y el halo persistente de ciertos perfumes cuyos frasquitos habíamos conservado. Cristal azulado, tapones de gran valor, cajitas con forma de abanico.

De aquella casa recuerdo sobre todo una tarde en la cocina, un ruido repentino detrás del cristal, un frufrú de ropas y un batir de alas. Me asomé y vi que algo volaba alejándose, algo que se desvanecía y se convertía en un halo luminoso.

Una criatura incorpórea que había venido a visitarme, un ser de miembros sutiles.

Me dejé distraer por el susurro del aire y por algún ruido, mientras todo volvía a ser como antes.

Era un ángel, no un pájaro, desde luego.

«Tía Leandra, ¿me arreglas las mantas, por favor?».

«Le diré a tu padre que venga, le gustará hacerlo».

«No importa, puedes hacerlo tú».

Doy vueltas en la cama con las mantas en desorden, el edredón al revés, es una vieja costumbre, si alguien no me los pone bien no consigo dormir, son los rituales de la noche que han de seguirse escrupulosamente, pero ¿por qué no puede hacerlos ella, nunca, ni una vez?

Mi tía enciende la lámpara que proyecta una luz tenue y rosada, comprueba que los postigos estén cerrados y que no se cuelen corrientes de aire por la ventana.

«Para lo de las mantas le diré a tu padre que venga, está en la butaca, ya habrá terminado su puro».

El tiempo aquí, entre los edificios de hormigón gris, está desnudo y abierto. Fluye a intervalos y poco a poco revela sus pulsaciones de locura y alienación.

Después de una tarde entera probando todas las combinaciones posibles entre autobuses y metro, entro en un restaurante donde conozco a un hombre. Tiene el vello como Gilbert.

Está de paso en la ciudad, es comerciante de algo que no entiendo, me hace subir a su habitación de hotel y me ordena que me desnude. Lo hago lentamente, una pizca turbada. Él se queda vestido y sentado en el sofá.

—Ahora échate en el suelo y desátame los cordones de los zapatos con la boca.

Lo hago, echada a sus pies, inerme y solícita.

Tras desatarle fatigosamente los zapatos me pide que lama la suela con la lengua, siempre manteniéndome echada.

Yo me levanto y trato de negarme.

Entonces me da una bofetada que me hace volver la cara. Las bofetadas que por la noche resonaban en la casa de Gilbert en la Place d'Armes. Pero aquellas formaban parte de un juego. Castigos, pero en realidad delicias.

—¡No puedes negarte! ¡He dicho que lamas la suela de los zapatos!

Me agarra del pelo y vuelve a empujarme hacia sus pies. Empiezo a lamer una suela y en la boca me entra un sabor ácido junto con polvo y residuos. Intento levantarme, pero me tira violentamente del pelo y me empuja hacia el suelo.

Tan sólo cuando he terminado me dice:

—Puedes ir a lavarte, pero regresa enseguida.

Entro en el cuarto de baño. El cuarto de baño luminoso y refinado de un hotel de cuatro estrellas. Dos pilas de lavabo.

Observo en el espejo mi rostro, enrojecido y cubierto de lágrimas, un cerco negro alrededor de los labios. Me acuerdo de Parma.

«Papá, papá, ¿estás todavía en la bañera?, ¿puedo entrar?».

«Puedes entrar, pequeña».

Regreso a la habitación, me hace acurrucar en el suelo: como un perro o un felpudo.

—Tienes que lamerme los pies y chuparme todos los dedos si no quieres que me enfade de veras.

Obedezco sin replicar, cojo un dedo, lo chupo tendiendo los labios, la lengua pasa por los intersticios, muerdo ligeramente la primera falange. Las uñas son cuadradas y están recortadas de una manera regular. Sé

perfectamente que es lo que me merezco.

De vez en cuando suena su teléfono móvil, entonces me interrumpo, pero él quiere que me quede en el suelo. Mientras habla apoya los pies sobre mi espalda.

—Ahora sácamela y chúpamela.

Su pene es pequeño y moreno, lo engullo entero sin problemas. Lo chupo y aspiro con fuerza, descubro partes húmedas y más claras. Él pasa la mano entre mis cabellos, pero es dulce, casi delicado.

De pronto suelta:

—Ahora lárgate, no voy a darte la satisfacción de correrme. Lo haré a solas, más tarde. Hay que tener la discreción de correrse a solas.

Vuelvo a vestirme mientras sigue hablando por el teléfono móvil en la habitación contigua. Bajo la gran escalera del hotel cubierta por una alfombra roja.

Sucia, dolorida y humillada. Castigada. Libre, en el fondo.

Por lo tanto, le dije a Gilbert que tenía que irme.

Él me dijo:

—Yo también, regreso a Luxemburgo.

Estaba pintando un gran cuadro verde brillante, los ojos de su madre antes de aquel famoso arañazo, de aquella trinchera cavada. «Vente conmigo», susurró sin que me diese cuenta.

Había que tomar una decisión, saltar una zanja con los pies juntos o con un solo pie. A la pata coja, como decía la abuela Licinia.

Yo no era una esclava de las costumbres, yo sabía escoger.

Yo no era como la tía Leandra y le dije:

—*Oui.*

Ah, las vibraciones del aire, este tiempo exigente de potencia ilimitada que me hace sentir con más nitidez el palpitar del deseo, y una sensación algo mórbida de deslizamiento, la sensación de un panorama cóncavo como el dorso de un instrumento de cuerda y días que he querido por fin iguales y ya sin miedo.

Esta vez encuentro al desconocido con facilidad, viene él a mi encuentro. Estoy sentada en el café frente a la estación y tomo apuntes acerca de una pareja de venecianos que no paran de hablar. Jovanka merodea entre las mesas haciendo su colecta.

Es raro que me quede tanto rato en el exterior, pero hoy el cielo está hecho de pequeños retazos entre azul y violeta.

Ha venido el encargado de controlar el consumo de gas. Siempre lo aguardo con impaciencia. Me gusta su uniforme, su gorra de visera reluciente. Si hubiera un escape se habría dado cuenta. Cuando viene, por lo general es un hermoso día porque me tranquiliza.

El desconocido me mira un rato, después se sienta a mi mesa y pide algo. Es amable y elegante, con entradas algo profundas en las sienes.

Dice que parezco una mujer con un pasado tortuoso y que eso le excita. Lo miro sin decir nada.

Sabe utilizar bien las palabras, pero si cree que va a jugármela se equivoca.

Nada puede hacerme titubear.

De la manera más neutra posible le enumero mis necesidades.

Con los hombres no hay manera de equivocarse.

—Aquí detrás hay un hotel.

Lo sigo y me imagino un pene ahusado y elegante que hará de todo para colmarme y satisfacerme.

Un pene lleno de dedicación.

Le dije a papá que partía.

—No puedes dejarme.

El tono era desesperado, pero en el fondo había resignación en sus palabras. Sabía que eso podría ocurrir.

—Has de saber que siempre puedes regresar.

Por un instante, al colgar el auricular, algo creció en mi interior y no me sentí tan aliviada como esperaba.

Náuseas, desolación y un poco de nostalgia.

¿Nostalgia por aquellos pasos vergonzosos en la noche, aquellos pasos que retumbaban y que hacían temblar las paredes? ¿Será

posible?

Sin embargo era nostalgia.

Tal vez por las costumbres que ya no seguiría, las comidas, los *grattini*, el abeto giboso.

Tal vez verdaderamente me parecía a la tía Leandra.

En realidad, la nostalgia era por la casa del amor vivido.

Pensaba que nunca volvería a ver el ángel.

Una espléndida noche insomne donde los tiempos se vuelven lentos y los olores de los cuerpos se liberan sin censura alguna. Has escogido tú un dormitorio en el centro. El ruido te pone eufórico. Ríes y me preguntas: «¿Por qué se acaban los amores?».

Vuelves a reír y añades: «Odio el siroco».

Yo como en la cama del modo en que me gusta hacerlo: sembrando pequeñas migajas. Eres el desconocido de mayo.

Junto a Gilbert el tiempo adquiría nuevos ritmos. Los ritmos de su pintura y los de nuestras palabras. En italiano y en francés. Los ritmos de algo que en el fondo me acercaba a mi madre. Lo contemplaba. Estaba segura de no haber visto jamás nada más bello.

Me corrijo: sí, la cúpula de la catedral de Parma era lo más bello que había visto.

Pero para iluminarla hacía falta una moneda, yo y Gilbert sólo irradiábamos nuestra luz.

Él trazaba dibujos geométricos sobre unas hojitas antes de pasarlos a las grandes telas. Cuadros que eran cuerpos y sexos, figuras vulgares entrevistas en momentos de intimidad, «… *jambes, fesses, nuques*…».

Yo le planteaba siempre preguntas, hasta dejarlo agotado:

—*Vous pensez déjà à un autre tableau, c'est un mouvement perpétuel?*

—*Enfin, perpétuel… c'est un inmense travail, un travail dont vous n'imaginez pas à quel point il est dur.*

Se sentía orgulloso.

Se sentía el titiritero de un mundo más mugriento y sucio que el real pero que le pertenecía sólo a él, cuerpos maltratados y deformados como la salchicha colgada, tanto que la primera tentación había sido no mirarlos.

Pero eso era arte.

Crucificaba hombres y mujeres sin vías de escape.

—Nosotros no las tenemos, ellos tampoco.

Y luego aquellos rojos clarísimos como mi sangre cuando restregué la mano en la pared del internado, la sangre de los rastros de Pulgarcito.

Otras veces rojos lúgubres como el hilo de sangre que sale de las bocas de las víctimas de un asesino.

—Esas con antecedentes penales que no engañan a nadie. Yo preparo su venganza.

Nos quedamos tres días en Roma antes de partir hacia Luxemburgo.

Paseábamos por el Lungotevere, por los foros imperiales, por el Panteón y por el gueto. Yo tomaba notas. Sobre sus cuadros, sobre él, sobre lo que me contaba. Notas un poco alucinadas, fragmentadas, amalgamadas. Pastosas como nuestras voces cuando bebíamos cerveza o él esnifaba cocaína e inhalaba *popper*. Pequeñas ampollas de una especie de droga. La llamaban la droga de los homosexuales, él decía que le ayudaba a pintar. A mí me provocaba taquicardia y a mi alrededor todo se aceleraba como mis palpitaciones. Me desesperaba, hasta que él apartaba el *popper* y me acariciaba para tranquilizarme.

Decía que su madre había sido una mujer ingeniosa: «Imprevisible, una de las más imprevisibles que jamás haya conocido a lo largo de mi vida».

En los años cincuenta Luxemburgo era una ciudad en vías de desarrollo, las instituciones del parlamento europeo todavía no habían atraído a tantos extranjeros, negocios y bienestar.

El padre de Gilbert trabajaba en Trier y le daba a Marie un poco de dinero para ella y para el niño. No regresaría hasta al cabo de una semana. Habitualmente ese dinero era suficiente para los gastos de dos días, tres economizando y preparando polenta, que Marie había aprendido de una italiana de gruesas pantorrillas, una de las

primeras emigrantes.

De todas maneras, el cuarto día había que dar de comer por lo menos al niño, y Marie se inventó un truco.

Merodeaban por los mercados, en Esch, en Alemania, en las aldeas. Observaban cuidadosamente el género exhibido y después Marie preguntaba: «¿Qué tal es ese queso?».

Por lo general, el vendedor le contestaba: «¿Quiere probarlo?».

Y Marie: «Yo no, el niño».

Gilbert masticaba vorazmente el queso y después negaba con la cabeza. Su madre lo había aleccionado.

Eran sus comidas de la segunda mitad de la semana. Probando.

Imaginé mercados de pequeñas ciudades del norte en los años cincuenta.

Imaginé a Marie con un grueso abrigo de lana negra y a él cogido de la mano y vistiendo una chaqueta confeccionada con alguna prenda vieja. Lana remendada, algo de un primo mayor que él.

Un poco conmovida, tomé apuntes.

Mi caligrafía menuda había llenado casi una libreta entera. Ni siquiera me habría ido. Me bastaba con quedarme sentada en el suelo, en aquel rincón. Mirar y escuchar.

A menudo íbamos por el metro y por el extrarradio con la cámara fotográfica.

«Le document photographique est un inépuisable matériel».

Conocía rincones inimaginables.

Fachadas barrocas, caserones en ruinas dentro del casco antiguo, viejas tabernas donde nos instalábamos a beber vino.

De los parques decía: «Son menos hermosos que el Parc de Merl».

Yo no sabía qué era, pero se trataba de un excelente término de comparación. Y pronto lo vería.

Le interesaban sobre todo las historias, las personas.

Pintó una cosa gris, hinchada, en movimiento.

Estaba tendida sobre un plano ovalado y, mirándola bien, hacía una pirueta.

—Eres tú —me dijo.

Rio al ver mi cara asombrada.

—No, no. *C'est un non–lieu intérieur*.

Esos días nunca me preocupé por el gas.

«No te olvides, enséñale a mantener la boca siempre ligeramente entreabierta en presencia de hombres. Y a humedecerse los labios de vez en cuando. El gesto ha de ser natural. Un pequeño repaso con la lengua».

Estas fueron las recomendaciones que le hizo Letizia a mi padre antes de coger el avión. Llevaba en la mano una elegante maleta color carmesí.

Hay un color púrpura difuminado en las paredes y una canción francesa que habla de Loulou mujer perdida en desesperada carrera a lo largo de una acera, Loulou que desde chiquilla ha sido poseída por toda clase de hombres en rincones oscuros, en *chambres séparées*, en hoteles de tres al cuarto. No me la deja acabar.

Me abandono a una cierta fatuidad, me río de buena gana ante sus frases ingeniosas, me dejo asombrar por los pequeños ojos grises un poco de ratón y, como un mimo con la cara pintada de blanco, dejo que el cuerpo invente poses, que se dé a sí mismo una forma, falsa, azarosa, elegante o artificiosa, que pueda perdonar por una noche los senos desgarrados, la barriga, algún pelo en las piernas.

El dueño del local me ha pedido que trabaje también los sábados. Una de las camareras tiene problemas. Acepto sin discutir, me tomo el asunto como un pequeño castigo. Mejor, como una penitencia.

El sábado es un día caótico, el indecente suburbio da señales de enloquecimiento colectivo, todos salen, todos juntos, nada de palabras, sólo ruido. Las chicas enseñan los muslos y las manos de sus acompañantes las rozan y acarician. Roces y promiscuidades que conozco bien y minifaldas desabrochadas, senos a la vista, tacones altos y humo.

Siempre he odiado el sábado. Si no hay ese aire arcilloso,

perdura el recuerdo. Más fuerte, más cargado.

Por la tarde voy a hipermercado, que es desproporcionado para mi pequeña compra.

Vagabundeando entre las hileras de géneros no puedo menos que recordar que Gilbert amaba los supermercados, le ponían eufórico. Saltaba de una sección a otra y luego se escondía detrás de las grandes garrafas de agua mineral y se metía una mano en los pantalones. La idea de que pudiesen verlo lo volvía todo más excitante y además se acordaba de su madre, de su estupefacta alegría ante la exhibición de comida, ante aquella opulencia.

También a Leopoldo le gustaban los supermercados, pero no los del extrarradio que yo frecuento, sino los refinados del centro, con salmón, caviar, pescados caros. Salía con bolsas llenas de cosas que nadie comería y decía: «Ha sido estupendo», como si saliera de un parque de atracciones.

Yo siempre trato de acabar lo antes posible.

La gente se da empujones, hay cola, son momentos poco rigurosos y confusos.

La farsa de las familias que simulan una armonía que no tienen, familias que en realidad son todas como la mía, familias que esconden secretos que no se pueden mencionar, familias en putrefacción, familias indecentes.

Con mi carrito enorme y un poco de comida tímidamente arrinconada, voy siempre a la caja rápida, «máximo diez productos».

Es la caja de los exiliados, de los que son como yo.

… la luz oportuna, violácea, en forma de sombrilla, y tú que quieres pintar sólo el hombre, el hombre hecho de carne y de pensamiento.

Cuando siento más intensamente la necesidad de un cuerpo, a veces pierdo el control. Me desprecio, deberían bastarme los cuerpos que ya he tenido. Es el anochecer y me dejo abordar por un argelino al salir de un cine. No logro recordar la película. Me dice: «Te quiero enseguida, conozco un sitio».

En realidad se trata de un sucio hotel cerca de la estación, la pensión Piera. Acuden allí los travestis que hacen la calle en la zona de la feria de muestras, altos, con senos que bailotean y que parecen cabezas de muñeca.

Me divierte pensar que entre las piernas también les bailotea un pene.

La habitación está en el quinto piso sin ascensor y por las escaleras el argelino me levanta las faldas y desliza la mano bajo las bragas. Ya soy cosa suya.

Se quedará largo tiempo dentro de mí en la noche sobre la sábana con agujeros y ligeramente amarillenta.

Yo lo dejaré hacer, abandonada, exhausta, una presa.

Me preparé una pequeña maleta y un bolso con todas las libretas. Me cambié tres veces de vestido delante del espejo, el vestido del viaje siempre había sido importante.

Y después, cuando ya estaba en la calle y miraba las casas y la gente con la mirada del que sabe que no regresará, recordé que no había cerrado la llave de paso del gas y subí precipitadamente las escaleras.

En realidad, son sus manos lo que echo de menos, sus manos de artista hecho para el sexo, sus manos largas de nudillos ligeramente enrojecidos y siempre manchadas de pintura, sus manos para gozar entre sobresaltos y salpicaduras de saliva, sus manos como garfios sobre los pezones, sus manos–tropas de asalto, órgano sexual autónomo y separado del pene, sus manos sobre mis nalgas delante de la ventana en el encanto de una mañana frente a la Place d'Armes para prepararme para una lenta e inexorable sodomización, sus manos exigentes y osadas que no me daban tregua.

Partimos por la tarde. Yo sabía que todo estaba a punto de cambiar y para infligirme un pequeño castigo me mordía con fuerza el labio inferior hasta desgarrarme la carne blanda y húmeda.

Él estaba alegre, los ojos risueños.

A mi mente acudían cosas extrañas, los desconchados fragmentos de aquello que estaba a punto de dejar.

Cuando era muy pequeña, tardes enteras con mi tía en Standa. Ella compraba bragas (blancas y altísimas, adecuadas para una mujer decorosa), yo quitaba los bonos que venían en las cajas de lápices de colores.

Nadie debía verme, el corazón quería salírseme por la boca.

Después enviaría todo a la empresa de los lápices para conseguir un regalo.

Me llegó una caja de juegos de construcción que se había abollado durante el envío.

Lloré durante horas. El fracaso de mi pequeña audacia.

Ahora la mía era una gran audacia.

En eso pensaba mientras viajábamos desde Roma hacia Milán.

Después, a las veintiuna y pico, el Milán–Bruselas.

—Y hacia las siete de la mañana en Luxemburgo, la ciudad de las nitideces —me dijo Gilbert.

En el compartimiento flotaba un olor un poco rancio y todos trataban de no tocar al vecino, de no molestar con un sueño pesado, de no mover las piernas bruscamente. Yo me envolvía en su olor y tomaba apuntes. Fue entonces, me parece, cuando volví a oír aquella música y me volví para ver de dónde provenía.

La música de Leopoldo, tal vez quería decirme adiós. Sus manos, que se deslizaban sobre las teclas, esas manos que se ennoblecían entre las vibraciones de las notas, ora sombrías, ora livianas.

¿Qué música era?

No lograba reconocerla y me concentraba sin dejar de dedicar a Gilbert una atención muy física, su barba sin rasurar sobre mi rostro y las manos que me retorcían el cabello, un indicio de erección apenas percibida y la delicadeza de su osamenta sepultada bajo el loden.

Afuera veía el recodo de un río fangoso y esquirlas de luz desnuda, esquirlas en movimiento que casi bailaban, esquirlas húmedas con facciones humanas, cuerpos desnudos sin la menor indecencia y el tejido del agua que los hacía rebotar.

Un paisaje que se alejaba de mí y que me alejaba como el puerto

cuando era niña, que desaparecía y volvía a aparecer por las ventanillas del tren.

Sin embargo tenía que reconocer la música, tenía que hacerlo.

Era distinta de lo habitual, en su interior había casi una fiebre, una pasión que nunca percibí en la música de mi padre.

Era la música de la añoranza que le brotaba de las vísceras como un coágulo de sangre negra.

Aquella música invadía todo el tren.

La música del sentimiento de culpa, tal vez.

O la música del ángel.

Lámparas cubiertas con velos en los rincones, estampas chinas y búcaros con rosas secas y arrugadas. Las llamitas de algunas velas chisporrotean como almas enanas que esperan en el purgatorio. Viene a mi encuentro con un andar extraño, alzando la cabeza.

Un desconocido que me parece que conozco desde siempre.

«Tu sexo es corrupto, disoluto, desvergonzado, anhelante de placer. Tan maravillosamente húmedo y acogedor».

Frases conocidas, palabras oídas con tanta frecuencia a estas alturas.

Me otorgo, se lo otorgo. Antes se pone una máscara barroca y abre mi carne con las manos.

C'est tout.

En Nardò ha estallado una bombona de gas. La casa se ha derrumbado y bajo los escombros quedaron una mujer y una niña. Escucho consternada las noticias del telediario. Tengo miedo.

Alguien había encendido un fogón sin darse cuenta de que la bombona tenía un escape.

Miro mi cocina, olfateo maniáticamente todos los fogones con la nariz de lado.

Durante un tiempo dejo cerrada la llave de paso general y sólo tomo comidas frías.

Cambiamos de tren en Milán. La estación más hermosa de Italia, altiva en su construcción fascista, con esas bóvedas de hierro que recuerdan a París, la escalera mecánica, el *self–service* con su letrero amarillo. Todo melancólicamente bello.

Vagabundeamos un rato por los andenes sin una meta precisa y él me habló de su desazón.

Variable pero a menudo muy intensa, una sombra negra, una niebla, una sensación de extrañamiento como la que se siente cuando nos envuelve la niebla.

Sacó el *popper* y lo inhaló profundamente en un rincón cerca de los lavabos.

De nuevo taquicardia.

La misma de cuando aguardaba a Leopoldo, de todas maneras sabía que iba a acudir, acudía y me susurraba: «Mi amor apasionado. Te amo más que a mí mismo».

El corazón brincaba y quería salirse del tórax.

Quería huir, por lo menos el corazón podía huir.

En cambio, me quedaba toda entera.

Cuerpo y pensamiento.

«Mi amor apasionado».

Dejé a Gilbert recostado en un rincón, un poco atontado. Salí afuera, todavía faltaban veinte minutos para que saliera el tren. La imponente estación, limpiada hacía poco, parecía aún más imponente con los pincelazos leves y pálidos de la farola.

Un poco muertos. Una luz licor–dulce–parpadeo–furtivo.

Regresé junto a Gilbert.

Me dijo que veía un laberinto sin salida que acababa en un mar de fuego.

Veía las lenguas de fuego, crepitaban ante él como un cuadro gótico: «¡Gilbert! ¡Gilbert!».

También las había pintado.

La voz del fuego era antigua y meliflua, casi una invitación. Arrojarse dentro era una nadería; total, no había salvación.

El tren tenía vagones verdosos con adornos de espigas y estaba silencioso. Un tren de banqueros y funcionarios.

Llegamos a las seis y cuarenta y ocho.

La puntualidad de los trenes del norte.

Comprendí qué quería decir con «la ciudad de las nitideces».

Todo estaba oscuro, pero era una oscuridad azul y transparente.

Una múrrina.

Al entrar en el vestíbulo de la estación me señaló la vidriera del fondo, precisamente como las de las iglesias y en las que se representan santos y vírgenes. El techo tenía forma de cúpula con un dibujo de colores pastel, a la derecha había una floristería, a la izquierda una papelería que vendía fotos del Gran Duque. El Gran Duque Jean de la casa Nassau, en el trono desde 1964. Fotos algo pasadas de moda, muy años cincuenta. El Gran Duque con sus hijos y su esposa vestida de rosa con una coronita, el Gran Duque en una visita oficial, el Gran Duque pescando. Fotografías retocadas, como las de las divas, para que parezca siempre joven. También había banderas con el escudo (un león con cuernos) y la inscripción «Groushherzogdem Lezebuurg».

Gilbert sonrió orgulloso:

—Es mi lengua.

Entramos en la cafetería, enseguida me llamaron la atención la luz violenta de los fluorescentes y cierto murmullo. Muchos comían bocadillos con *würstel* y abrían ante sí, sobre las mesas de formica, las hojas coloridas y llenas de fotografías de sus periódicos alemanes. De vez en cuando se oía una voz, un francés duro con acento alemán, «*l'express à destination Esch partira…*» y un grupo se marchaba pero enseguida llegaba otro y la cafetería en ningún momento se quedaba vacía.

Enseguida me enseñó que en luxemburgués *moien* quería decir «buen día» y *schonen da*, «buena jornada». Bebimos un café largo, aguado e insípido.

Me preguntó si quería dar un vistazo por ahí.

Bajamos al paso subterráneo, que era más ancho que largo, muchos andenes divididos en dos sectores. Dijo que quería follarme en los lavabos, yo titubeaba, me parecía una profanación en esa estación tan parecida a una iglesia. A la derecha había unos lavabos sin ningún encargado, para entrar bastaba con meter una moneda, un flux.

Eran muy estrechos, metió una moneda y me empujó hacia el interior. Cerró la puerta con cerrojo y yo experimenté una vaga sensación de sofoco.

Recuerdo que había papel higiénico en el suelo húmedo, no sabía qué hacer pero no tenía miedo. Las situaciones peores ya las había pasado.

En casa con Leopoldo.

Me acurruqué en el olor habitual de su loden.

—*Tu dois apprendre l'art de me recevoir* —me decía mientras me acariciaba el pelo.

Lo siguió repitiendo.

—*Tu dois apprendre l'art de me recevoir.*

Era como una nana.

Poco a poco hizo que la sensación de claustrofobia se desvaneciese.

Yo tenía que abandonarme.

Me apoyó contra la pared y me penetró por detrás desabotonándose sólo los pantalones. Veía oscilar su loden azul con el rabillo del ojo.

Yo oscilaba siguiendo los movimientos de su pene dentro de mí.

Yo lo recibía.

De espaldas, sometida, en la letrina de la estación–iglesia.

De vez en cuando el picaporte se movía, pero Gilbert seguía con sus oscilaciones y eran casi piruetas, un baile.

Nuevamente la frase.

—*Tu dois apprendre l'art de me recevoir.*

Cuando se corrió gimiendo sobre mis nalgas fue un chorro de calor. Calor que resbalaba, como el beso de papá antes de que regresara a su dormitorio.

Tan sólo una cosa quisiera pedir a la gente con que me topo en esta tarde de domingo mientras paseo bajo una cruda y expuesta desnudez de rayos de sol y al comienzo de un límpido crepúsculo sin matices: que no me miren; pueden tocarme, respirar a mi lado, pero no mirarme.

Hoy hace un tiempo variable y tengo ganas de comer *grattini* al huevo.

Ciertos platos tienen un poder extraordinario.

Hacen que te conviertas en caníbal.

Dentro está todo, los matices de las cosas, las sensaciones deseables y las tristes, y también las personas.

Cortadas, desmenuzadas, mezcladas.

Hay momentos, comidas y fiestas, un trago de vino para acompañar, un poco más de queso, por favor, así está bien, grandes cucharadas de sopa, hay luces tenues de cenas un poco melancólicas, ¿todavía quedan más?, con mucho gusto, son esos de hojaldre, hay manos y bocas y algunas gotas de saliva.

Hay una extraña fraternidad con determinados platos.

Cocino de prisa y después como de pie, pringándome un poco.

Mucho queso, como le gustaba a papá.

Y además vino.

Estoy ebria cuando salgo para ir a la estación del santo guerrero.

Hay algo en la fachada, unas pocas cosas, algún friso, que me recuerda a la estación de Luxemburgo.

Me acompaña la voz de Gilbert, tan particular, siempre pastosa, grave, como borracha. Voz modelada por los cigarrillos y por el vino tinto, voz que huele a colonia.

Está grabada en mi interior incluso en silencio. A menudo hay también un eco de la voz de papá, aunque he tratado de olvidarla.

No por maldad, sino para defenderme.

En la estación abandonada confío en encontrar algo pero sólo hay matojos, cetonias y una extraña pelusilla que ha recubierto los cristales.

Los que todavía no están rotos.

A lo lejos hay una mansión rodeada de un muro que por eso me da miedo.

A saber qué insidias oculta la gran verja de hierro de la entrada.

Retrocedo.

Hoy, nada de música.

En casa me quedo inmóvil y desnuda sobre el sofá escuchando la

Chacona de Bach.

Con una mano me acaricio los pezones, senos maltratados y chupados por muchas bocas diferentes. El calor del aliento de aquellos hombres.

Mis desconocidos.

Todo está grabado profundamente, como graffiti prehistóricos.

Aumento de la densidad sonora, tensión creada por variaciones interrumpidas y luego contrastes, piruetas, espirales y la presión de los dedos sobre las cuerdas de los instrumentos y sobre los labios mayores, y el dedo penetra y ejecuta un alegre minué y la presión estratégica prosigue sólo en la parte superior y siente que mi carne se endurece.

Siempre con sorpresa.

Aparece Leopoldo y dejo de hacerlo.

El disco se encalla.

Probablemente no hablaré mucho más rato con este hombre que se ha sentado ante mí en el self–service *con mesas de formica y ha extendido una pierna metiéndomela entre los muslos. Probablemente terminaré de comerme el puré y no le permitiré comprender qué es lo que está ocurriendo.*

Los fluorescentes me recuerdan los de un restaurante de Luxemburgo, sería un sacrilegio.

El gran ducado de Luxemburgo, uno de los Estados más pequeños de Europa.

El gran ducado de Luxemburgo, donde el carácter limitado del territorio y la situación geográfica no han permitido la formación de tradiciones artísticas autónomas.

La tierra de mi salvación, entre vino tinto y colinas boscosas a orillas del Sauer, entre bares de portugueses y hermosísimos jardines.

Toda la brutalidad del pasado en una llamarada repentina de olores

vergonzosos e impúdicos, y entonces, todo junto, el placer, cierta complacencia y las irrefrenables ganas de gritar.

En cierta ocasión Letizia tocó en una fiesta.

Me acuerdo de eso por casualidad en esta tarde un poco calurosa que me corta el aliento.

Gente de posición bastante elevada, aplausos, una sonata con un fondo pastoso, no me acuerdo de qué músico.

Se deslizaba, ora más fluida, ora más contenida.

Una bandera que se desplegaba y replegaba con el viento, un poco hinchada.

Y en el fondo de ella había algo patriótico.

El vestido ajustado en la cintura era blanco y rojo.

Ella, tan refinada, con aquella hermosa nuca, ella, la esteta.

Ahora está en Nueva York.

No la imagino en esa ciudad tan vulgar, de teleserie.

Cuando se llegó a saber quién era su amante, capté un intercambio de confidencias entre mi tía y papá.

Ella sorbió por la nariz y dijo: «Qué asco».

Organicé mi nueva vida en Luxemburgo.

No me quedaba siempre con Gilbert, él necesitaba espacio. No podía sentirse agobiado.

Aclaro que yo no me habría separado de él ni un instante.

Me sentía bien sólo cuando podía tocarlo, mirarlo.

Su mechón, sus quietos deseos de cariño, y su furor, inesperado.

Esa manera de administrar las relaciones con los demás, que parecía loca pero era temeraria.

Como los mármoles rosados, ya lo he dicho.

Mejor: aún más.

Los mármoles rosados eran cosas muertas.

Yo deseaba el calor de su cuerpo.

Estaba enferma, loca de deseo.

Tampoco demasiado nórdico, más mediterráneo.

Él no estaba acostumbrado, yo me había acostumbrado con

Leopoldo.

Vagabundeaba por la ciudad tomando apuntes.

Por las tardes trabajaba en una frutería de la Place d'Armes, cerca de casa.

A través del cristal de la tienda veía el monumento a los poetas Diks y Zeuk. Vendía manzanas y plátanos a austeros empleados de banco y funcionarios del Palacio de Justicia.

Necesitábamos dinero.

Yo siempre he hecho estos trabajitos, trabajos que no son trabajos.

El verdadero trabajo es mi libreta de notas.

Libretas atadas entre sí con un cordel, apuntes escritos con letra pequeña. Todo está dividido por estaciones del año, hechos particulares, fiestas de rigor. Cuando es posible, anoto mis impresiones y las de los demás, fragmentos de cartas, citas. Ciertas estaciones del año que he descrito destacan con una luminosidad implacable y cruel, captada por las palabras. A veces hay dolor, o el jadeo de la respiración de Leopoldo, o la oscuridad. A menudo, con énfasis, el grito de mi necesidad de amor, esa sensación de desconcierto por hallarme inevitablemente sola, porque alrededor todo es complicado. Desde que estoy con Gilbert tengo la certeza de que las mejores cosas son simples y carecen de contragolpes y de conjuras, carecen del peso de la mentira, del olor un poco rancio de una fatalidad familiar.

La vendedora de frutas parecía una estatua de yeso.

Dura, fija, jamás cambiaba de expresión.

Al principio me miraba con cierta desconfianza, yo era italiana.

Había una jerarquía de las nacionalidades y los italianos estaban apenas encima de los portugueses, los peores.

Me pagaba lo que para ella era una miseria.

A mí me parecía un dineral.

Gilbert pintaba, dormía, a veces se iba a Alemania dos o tres días.

Sin él, la casa de la Place d'Armes me parecía tétrica y vacía.

Cuando estaba, se dedicaba a estudios cromáticos. O visitaba

museos de la ciencia y de la técnica, exposiciones sobre tecnología. Estaba convencido de que la pintura tenía que aprender de la tecnología, contaminarse de ella.

Llevaba a casa fusibles, piezas de motores, y pasaba horas mirándolos, colocándolos en los distintos rincones de la casa para que los iluminase una luz siempre diferente.

Hacía experimentos con los colores.

Quería que fuesen leves como un soplo, rosados, amarillos.

Pero seguían siendo tétricos.

En medio estaba Marie, casi siempre.

Había una foto de ella sobre la cómoda de la sala.

Fisonomía alemana, rostro enjuto, cubierto de arrugas.

Una sirvienta, una institutriz adecuada para el internado.

Yo miraba esa foto, estaba celosa, tenía unos celos locos porque él la veneraba.

La sirvienta había resultado peor que Leopoldo.

Limpia, aparentemente, y muerta, con añoranza y todo.

Cuando él no estaba, yo miraba largo rato la foto y trataba de imaginarme su necrología, en el periódico local o acaso también en las paredes de las calles, como se estila en los pueblos.

La vieja manía de mi tía Leandra.

Una nota necrológica en alemán, «*Eine gute*…», él destrozado por el dolor en el funeral.

Poca gente en la iglesia situada cerca del teatro y un dolor circunspecto, educado. Un dolor como ha de ser el dolor en Luxemburgo, donde hasta el hielo que cubre las calles en invierno no es hostil, sino solamente inevitable, sobrio como las piedras de las casas.

Aquel día, ni siquiera la pintura era capaz de salvarlo, ningún consuelo.

Ahora la pintura lo era todo.

Pasaba horas mezclando pintura en mugrientas cubetas.

Concentrado, los músculos de la cara en tensión. Habitualmente desnudo y con la mano sobre el pene, al que daba los consabidos golpecitos, los consabidos toqueteos.

Inventaba esos colores amarillentos y rosados, y después tenía celos de ellos.

Tan sólo una vez me los echó por encima y luego me hizo revolcar sobre la tela más grande: quedé llena de manchas de pintura y me miró riendo como si fuese uno de sus cuadros.

Cuando tenía tiempo me llevaba a recorrer la ciudad desconocida, a esas horas en que los bancos estaban cerrados y parecía como adormecida, la vida detenida, inmovilidad, y por todas partes un olor de grandes pasteles rellenos de carne o de arenques ahumados. «Nuestro desayuno».

Vagábamos por un limbo nórdico, con una lluvia que caía en chaparrones.

Me llevaba por estrechas calles de adoquines en mal estado, me mostraba las casamatas, los fosos, las murallas, los baluartes.

El Viaduc, que habían recubierto con elevadas barreras para impedir que la gente se arrojase al vacío.

—En los países nórdicos y muy civilizados son todos un poco propensos al suicidio.

Se rio.

Contemplábamos los nuevos barrios en construcción, los modernos edificios de cristal y hormigón en la esquina de la Rue Marché aux Herbes y las tiendas muy años cincuenta de la Avenue de la Gare. Todos hacían sus compras durante las primeras horas de la tarde y después, a las seis, las tiendas cerraban y ellos regresaban a sus casas. A las hermosas casas de dos o tres plantas repletas de objetos decorativos y velas, con puertas blancas y marcos «al estilo alemán».

Casas como de Navidad o de saga nórdica, una opulencia pueblerina algo jocosa.

En cualquier momento esperaba ver aparecer ovejas por las calles.

—Era así en los años cincuenta, se ha desarrollado poco a poco. Ahora es un pequeño país rico. La base de la economía es la industria siderúrgica que utiliza los ricos yacimientos de hierro de Gutland, en la zona meridional del país. Y luego están los bancos y las instituciones comunitarias.

«El tráfico ilegal», pensé.

Se murmuraba eso, pero nadie lo decía: «El gran lavadero de dinero».

Por la noche me llevaba a las cafeterías y los *bistrot* del Grund para beber el vino tinto luxemburgués, fuerte y pastoso, que enseguida se me subía a la cabeza.

Al beber me ardía la lengua y me salían pequeñas llagas.

También me ardía el estómago, pero seguía bebiendo una copa detrás de otra.

Él estaba acostumbrado, también esnifaba y después hablaba con voz pastosa.

Decía cosas al buen tuntún, un poco en francés y un poco en luxemburgués.

Tenía una moto que le había vendido el hijo de la dueña de la frutería, aquella familia era ya nuestro punto de referencia.

El hijo se llamaba Victor y era un muchacho introvertido de gustos refinados.

Recitaba a Apollinaire de memoria.

También era melancólico, como muchos en Luxemburgo.

Decía que su poema preferido era *La chanson du mal–aimé*.

«Et je chantais cette romance / en 1903 sans savoir / que mon amour a la semblance / du beau Phénix…».

Era cómico oírlo recitar con ese acento alemán cargado sobre las últimas silabas.

A veces, cuando no había nadie en la tienda, también recitaba *Marie* para Gilbert.

«Vous y dansiez petite fille / Y danserez vous mère–grand / c'est la maclotte qui sautille / toutes les cloches sonneront / quand donc reviendrez–vous Marie».

Yo volvía la cara hacia otro lado para no ver la emoción de Gilbert.

Con la moto hacíamos excursiones por las aldeas en busca de restaurantes regentados por portugueses o chinos y abiertos toda la noche.

Comíamos una tortilla pringosa y patatas guisadas, paseábamos cerca del canal por las calles húmedas de lluvia.

En cierta ocasión me preguntó si estaba arrepentida y le dije que no.

Si alguna vez me cansaba ese país lleno de parques y de silencios, por la noche él me regeneraba.

Si a veces pensaba en mi tía y en sus buñuelos de castañas, en aquel ambiente algodonoso que en la superficie parecía tan perfecto, sin trazos de babas, me bastaba tener su cuerpo encima del mío.

Esas manos que recorrían mi carne, que sabían acariciarme para luego, repentinamente, volverse violentas.

Fuertes bofetadas, en la cara y sobre los senos.

Yo pensaba que, pegándome en los senos, quería negar algo muy remoto.

Cada noche su lengua entraba en mi sexo como un animalito vivaz y hábil.

Puntiaguda y ávida, bailaba en mi interior.

Él, atiborrado de cocaína y de *popper*, gritaba: «*Ah, c'est un besoin, une nécessité difficile, importante… ah, l'art, c'est dur l'art*!».

Trabajo también los sábados, sustituyo a quien lo necesita.

Cuando trabajo no pienso en nada.

Claro, primero vendedora de frutas y después camarera.

No eran esas las ambiciones de la abuela Licinia.

«Yo quiero un príncipe para ti», decía.

Leopoldo se reía.

Ciertamente, papá pensaba: «Nadie, jamás».

Yo sabía que habría tenido que hacer algo en la vida, sentía sobre mí el peso de las ambiciones de la abuela.

Ella no era cosa de risa, tenía un peso, tenía un apellido.

Dama de la familia de los condes Orsini Mangelli, ¿qué había que hacer para satisfacerla?

Cada vez que tenía una buena nota, una felicitación en el colegio, iba corriendo a verla. Le tendía la libreta, y quizás hacía un gesto con la cabeza, pero nunca era suficiente.

Para las reprimendas, en cambio, bastaba con muy poco: «Eres como tu madre».

Ese era sin duda el peor de los insultos, incluso tenía mala fe.

Yo me parecía a papá, y de rebote también a ella.

A esa raíz, a esa línea dinástica.

Seguramente no a mamá, que no tenía parientes y no tenía

fotografías.

Mi madre tenía una constante necesidad de objetos.

Cosas hermosas, vajillas, objetos de plata.

Tenía que llenar los ambientes que decoraba.

Yo no poseo nada, me gusta el vacío, de Gilbert he aprendido a prescindir de todo.

La vida tiene de todas maneras un perímetro preciso incluso sin objetos de adorno.

Yo llevo arco iris en las copas y vivo aislada.

Sin embargo, he vivido con un pintor, y puedo decir que lo he tenido todo, también la reconciliación.

Con un gemido de animal que está soñando, el hombre habilísimo en el arte de fingir me folla sin desnudarme, me promete cosas que no quiero y después con la manaza bien abierta me abofetea. Yo, mujer fuerte de sorprendente tozudez, no reacciono ni lloro. Para hacerle entender que puede, mejor dicho, que debe.

Leopoldo me acompañaba a la piscina los martes y jueves, podía hacerlo la tía Leandra pero prefería ir él. Postergaba todos los compromisos.

—¡Recuerda, junta las manos delante de la cabeza, inclínate, primero los brazos y después el cuerpo, recuérdalo, los pies como martillos!

Gritaba desde las gradas.

Su voz se elevaba por encima de la del profesor, un joven moreno de amplio tórax.

Concluida la clase, me reunía con él en el vestuario, él mismo me secaba el pelo hasta que se volvía luminoso y ahuecado. Con meticulosa atención cogía un mechón tras otro. Los retorcía, los envolvía alrededor del peine y los sometía al chorro cálido del secador. Algunas veces los olía.

Había un olor fragante en el vestíbulo de la piscina, los demás niños iban al bar, yo hubiera querido un bocadillo antes de regresar a casa.

«No puedes», me decía. «Tú no puedes engordar, has de mantenerte siempre joven y atractiva, tú eres mi mujer, mi pequeña mujer».

El indecente suburbio está lleno de pequeños bares.

Algunos chicos están apoyados en sus motos y hablan de lo que harán por la noche. La encargada del bar es baja y pringosa, pero amable.

No te mira, no adivina qué es lo que quieres, no te apremia si estás escogiendo una pasta y a Jovanka siempre le regala un bocadillo cuando pasa.

A lo sumo le ruega que se lo coma fuera porque no tiene dientes y babea un poco y hace ruidos, pero se lo regala.

Bebo un campari–soda con vino y después otro.

Ordeno las libretas de los apuntes.

En las libretas está todo mi pasado, relatado sin omisiones.

Nunca he sido la clase de persona que omite.

Un día tendré que reordenarlas, así podré leer toda mi historia. También esta es una manera de conservar y homenajear, por si en algún momento vacilase mi mente.

En el bar todo es casi perfecto e inmóvil.

Hay cestas de mimbre llenas de bombones de licor envueltos en papel rojo y grandes caramelos de menta.

A un viejo se le escurre el *cappuccino* al beber y deja ver unos dientes puntiagudos y marrones.

El bar se llama Da Jessica.

En Navidad, Jessica escribe «Felices Fiestas» con pintura blanca en el escaparate y expone cajas de *pandoro*.

A veces pone aquí y allá estrellitas de purpurina.

Siempre es mejor que el árbol giboso al que se le caían todas las agujas.

A través de los cristales unos chicos intercambian rápidas sonrisas.

Leopoldo no se contenía siquiera delante de sus amigos. Viejos

compañeros de universidad que acudían los viernes, la tía siempre excitada en la cocina, la alegre mesa con música y aperitivos, acaso una cesta de frutas. Él siempre sentado junto a mí, me levanta el pelo, come de mi plato, se ríe con ellos y después me mira y vuelve a reírse y me roza con una pierna ejerciendo una leve presión. Yo trato de perderme en el confuso rumor que me rodea, pero no lo consigo, no puedo.

Cierto día Gilbert quiso llevarme a las Forges du Pont–d'Oye, en Habay la Neuve, un poco más allá de Arlon. En el antiguo predio de los Nothombe, los barrios de los herreros habían superado en clase y renombre al antiguo castillo, convertido ahora en un restaurante.

Hacía tiempo que me hablaba de aquel sitio. Decía que no sólo quería explorar la cocina y los vinos de las Forges, sino también el pequeño hotel que desde hacía unos años había completado el conjunto.

Sus pocas habitaciones no tenían números, sino nombres de hierbas.

A nosotros nos tocó Vincapervinca.

Su terraza daba al minúsculo jardín botánico, didáctico con sus cartelitos blancos que indicaban el cultivo en cada cuadradito de terreno.

Un sitio de gnomos.

Detrás del arroyo dos niños movían las piezas de ajedrez, casi más grandes que ellos, sobre un tablero de cuatro metros cuadrados.

Nos quedamos largo tiempo en la habitación, Gilbert inventaba sobre mi cuerpo situaciones, sodomías y atropellos imaginándome fisonomías diferentes, cubriéndome la cara con las manos o con un pañuelo, regalándome olores de hombres conocidos por azar. Yo me prestaba.

Había canastos de frutas y copas llenas de flores y hierbas secas, alguna barrita de incienso.

Me relajé en la bañera. Tenía un foco luminoso sumergido que, ignoro mediante qué sortilegio técnico, sensor término o célula fotoeléctrica, pasaba de blanco a rojo con sólo mover el pie.

Era ancho mi pie, un poco prensil, con el tercer dedo más largo que el segundo, como el de Leopoldo.

Paseamos alrededor del lago, me hablaba de lo que estaba pintando como si de una persona se tratara.

Con precisas características y exigencias, un poco caprichosa.

De vez en cuando se metía una mano dentro de los pantalones y su expresión cambiaba.

Se distendía, lo importante era aquel gesto, aquella caricia. Después venía todo lo demás.

—*Cette fois, le travail prend vraiment forme.*

Cada cuadro era un nuevo comienzo. Un renacer.

Cenamos en el restaurante del matrimonio Thirty.

El sitio había pertenecido al marqués de Lembertye, hombre riquísimo.

Por amor a su mujer había dilapidado el patrimonio en fiestas suntuosas.

Hablaba de ello todo el pueblo.

Pensé en el marqués con mucha simpatía, un hombre afortunado.

Comimos unos raviolis de verdura tibios, callos trufados, brie belga envuelto en calabacines, langosta y, para terminar, un espléndido batido de frutas rojas.

Mientras Gilbert me servía vino, un Chambertin de Rousseau del 87, repitiendo: «*Ah, l'art, c'est dur l'art*!», yo pensé que en aquel momento, tal vez, el tiempo podía detenerse.

Ahora oigo la música también dentro de mi casa.

Alguien toca en el edificio demasiado alto, en este edificio que es un insulto.

Un piano con un timbre exacto, una música que se desliza con alguna vacilación, pero serena. Si fuese terrible, igualmente me alegraría escucharla.

Se me ha acabado la tinta, no puedo acabar la libreta con otro color, o con un bolígrafo cualquiera.

Mañana iré a ver al viejo de la papelería, sólo él tiene tinta color azul pálido.

Me gusta porque todos mis apuntes, toda mi historia, parecen sumergidos en el agua.

Yo soñaba con estar en el agua cuando Leopoldo acudía a mi dormitorio.

Ojos cerrados, cuerpo inmóvil y soñando con un gran río, reflejos acuosos y pequeñas ondas como lenguas de niños.

Un río de líquido amniótico, o mejor, un vientre materno.

Flujos de agua, flujos de corrientes, un río de todos los líquidos orgánicos de todos los hombres y mujeres del mundo. Sangre, humores que se deslizan como perlas muy poco después del goce, el catarro de las bronquitis ocasionales y de las bronquitis crónicas mal curadas, esputos y saliva.

Eso soñaba, y me veía nadando a braza en medio del río.

Alguien gritaba: «¡No lo olvides, los pies como martillos!».

Sentía una gran decepción cuando me despertaba y me encontraba en mi dormitorio.

Eran despertares terribles, con taquicardia, como si ya hubiese inhalado *popper*.

La cama de latón rechinaba, pero había sido de la abuela Licinia y tenía que quedármela.

En los remates me parecía divisar su cara consumida, su calavera riente, sus patéticas afectaciones de noble dama.

Me daba la vuelta y oía de nuevo el rechinar, que era su risa.

«¡Para ti quería un príncipe, un príncipe, un príncipe!».

Hubiera tenido que decírselo cuando aún vivía: «Me importa un bledo lo que tú quieres, vieja bruja».

Podía ignorarla, pero en realidad me condicionaba.

De una manera subrepticia y sutil. Me impulsaba a que me volviese como la tía Leandra, lentamente, sin aparentes brusquedades.

Era como una grúa que me arrastraba en esa dirección, aquello era el solar de la obra en construcción.

Ir a excavar en otro sitio hubiera sido arriesgado, inaudito, indecente como el suburbio en que vivo.

Alrededor, en los terrenos no allanados, había vagabundos, inválidos, necesitados, enfermos y charlatanes que bebían vino tinto de grandes botellones.

Menos fuerte y pastoso que el de Luxemburgo.

Me masturbaba, en aquel entonces acababa de aprender y sentía

su reprobación.

«¡Si no recitas las tres virtudes teologales y los cuatro novísimos, irás directamente al infierno!».

Yo frotaba la punta de mi dedo corazón sobre el clítoris, que se endurecía de manera asombrosa, y repetía: «Fe, esperanza y caridad, muerte, juicio, infierno y gloria». Me lo sabía, qué se pensaba esa gilipollas.

Por lo pronto, ella se había ganado uno de los novísimos, la muerte.

Yo, mientras me masturbaba, estaba sin más en la gloria.

Tampoco me gustaban los demás objetos del dormitorio.

En las estanterías estaban los libros del colegio, los libros para leer y además había guardado mis libros favoritos de cuando era pequeña.

Bellísimos libros con figuras en relieve.

Si tirabas de una lengüeta se desplazaba una figura para dejar sitio a otra.

Un mundo ensamblado en otro mundo.

Mi preferido era *La cena con la zorra*.

Rosa, la zorra flaca que se convertía en Rosa, la zorra gordita, y que al final era devorada por un gran lobo gris.

Así me lo leía papá: «¡Graaan lobooo griiisss!».

Antes de llegar al asunto siempre me leía la historia de la zorra y yo me sobresaltaba de miedo y emoción porque la zorra me gustaba y era astuta.

El libro es lo único que lamento haber dejado.

Lo que me consolaba al despertar, lo primero sobre lo cual posaba la mirada, era un mapa topográfico que tenía colgado en la pared.

Allí estaba el recorrido para llegar a la casa del amor vivido, marcado en rojo.

Ese mapa me lo llevé conmigo.

Había el periodo de la sodomía, el de la castidad absoluta y además el mes del pequeño látigo de cuero, ese que me proporcionaba refinados suplicios y un placer que me hacía chillar. Era como en los

supermercados con las ofertas especiales.

Todas las mañanas, a las siete, oía en el pasillo el ruido de los pasos de la tía Leandra, la veía aparecer en el marco de la puerta con su bata a cuadros.

«Es hora de ir al colegio».

Tenía la taza de café con leche en la mano, horquillas en el pelo, irradiaba calor.

¿Dónde está mi río?

Yo odiaba esos despertares. Por la noche había ocurrido algo terrible y por la mañana la superficie estaba intacta. Lenta, tranquilizadora.

Por suerte oigo esta música que se expande por los rellanos y por el hueco de la escalera.

La misma música de los cuadros de Gilbert, de sus experimentos con colores verdosos, la misma música del ángel.

Cuando Gilbert no estaba fuera, pasábamos las veladas en el Vis–à–vis, en compañía de Denis, el barman.

Era hermoso el Vis–à–vis, frente al teatro, haciendo esquina, con cierto aire francés. Buen olor a tabaco, luces tenues un poco vacilantes y postres redondos recubiertos de azúcar que guardaban en una fuente con forma de campana.

También Denis era guapo, yo sabía que era uno de los amantes de Gilbert y a veces los había visto juntos en el Grund.

Sombras furtivas en la calle resbaladiza debido a la lluvia.

Sombras que rehuían el frío y el granizo metiéndose constantemente en los zaguanes.

«El amor y un poco de calor también se transmiten en una mamada hecha deprisa y corriendo».

Me lo había dicho desde el principio, su pene era como mis senos, muchas bocas, muchos alientos distintos. Nuestras bocas absorbían historias, otros hombres, otra saliva y otras situaciones.

Yo no sentía celos, por lo menos no me lo parecía. Sólo estaba celosa de Marie, la sirvienta.

Con Gilbert había perdido aquella impresión de sentirme estafada constantemente. Una estafa constante y la ambigüedad de la vida desvelada sin cautela, sin poner cuidado.

Denis era un luxemburgués orgulloso, uno de los pocos.

Me contó el origen de su idioma, un dialecto germánico llamado *lezebuurjesh*. Me habló de hasta qué punto consideraban como una violencia tener que hablar francés.

Según el Gobierno y el Gran Duque, el francés favorecía los intercambios, el comercio.

Durante la segunda guerra mundial se habían negado a incorporarse al Reich y los alemanes los habían exterminado.

Había habido episodios de heroísmo, su resistencia.

Los luxemburgueses me gustaban cada vez más.

Tampoco ahora amaban a los alemanes, pese a ser parecidos.

Parecidos en cosas externas, el idioma, la complexión maciza.

Yo escuchaba a Denis mientras bebía mi kirsch y miraba a la gente de fuera del local.

El Vis–à–vis era un punto de observación fantástico.

Las personas se detenían unos segundos ante la puerta, echaban un vistazo y después seguían andando por las callejuelas radiales del centro.

Centro estratificado que se había desarrollado poco a poco.

Yo miraba esas sombras que se desvanecían en la noche, como reabsorbidas. En cierto sentido, buscaba con ellas los secretos del lugar, aquellos que todavía no había descubierto.

He mentido, sí tengo un recuerdo preciso de mi madre.

No creo que yo lo haya reconstruido.

Guardaba la ropa interior en la cómoda de su dormitorio, arrodillada pero siempre altanera, el cuello descubierto las más de las veces.

Cogía una braguita de seda blanca, el sujetador en balconcillo, después el body *de encaje y lo colocaba todo cantando: «Dónde no lo sé, pero un sitio habrá, tal vez será mañana, amor…».*

La cómoda era del color adecuado, blanco, con pequeñas volutas sobre los cajones.

Letizia era atractiva, se le notaba el nacimiento de los senos generosos.

Si se hubiese quedado, tal vez para Leopoldo habría sido suficiente.

O tal vez no, él me quería a mí.

La estación del santo guerrero se ha convertido en mi droga, los recuerdos y los pensamientos se superponen, se enlazan entre sí, se mezclan.

Llego a pie tras recorrer una calle interminable, mirando los comercios y las tiendas de artículos sanitarios que exhiben prótesis en los escaparates. Hay brazos y piernas ortopédicas, sillas de ruedas, senos falsos para las que han tenido una amputación. Me hacen pensar en cuerpos llenos de injertos como las plantas, cuerpos deformados, ensanchados.

Cuerpos pesados debido a los *piercing* y a los miembros de hierro. Cuerpos con cicatrices y tatuajes.

También en mí ha habido un injerto.

Aquella que yo era, a la que habían robado constantemente, robos con agravantes, sin circunstancias atenuantes, y la que soy ahora, que vive en los túneles del metro y ha sido resarcida.

Poco a poco se desvanece el suburbio indecente.

Es como ver derretirse el hormigón.

Ya nada de ventanas, de apartamentos uno junto a otro, de terrazas donde la ropa puesta a secar se confunde con la del vecino y donde uno se encuentra con los calzoncillos de otro.

Ya nada de vidas fatigosísimas arrastradas en pantuflas con las medias rotas o revestidas de un falsísimo decoro.

Ahora el vacío, la nada.

El viento que huele y pocas casas que tienen verjas de hierro forjado.

Y alaridos, alaridos que parecen casi animales y que en cambio provienen de hombres y de niños.

Los que viven aquí gritan, gritan para entenderse.

A mí estos gritos no me parecen ofensas; más aún, es una canción.

Un poco estridente, un poco fuerte, pero una canción.

Mejor que «dónde no lo sé, pero un sitio habrá…».

Sin duda.

Escuché aquella canción por casualidad, pero de buena gana habría prescindido de ella.

A saber qué canta en Nueva York.

El viento trae polvo y está todo en silencio. Aquí, en este lugar, tengo confianza, una confianza íntima, tengo la sensación de sentirlo respirar.

En la estación de tren me siento sobre lo que queda de un banco y observo los rafles rotos.

Un amasijo arrugado, como cuando compras comida preparada en la tienda y después tiras los envoltorios. Papel de plata un poco pringoso que preserva la fragancia.

A veces voy hasta el río y lo miro. En cierta ocasión un hombre me dijo que había pasado el día entero pescando en ese río. Lo dijo y yo me lo imaginé. Podía ser una noticia sin importancia, pero para mí no lo era. Después el hombre me ató a la cama y yo lo llamé «el hombre del río». El único desconocido al que he dado una definición, al que he nombrado. Su olor me recordaba Génova y sus mercados. Me hacía gozar pensando en Génova y su sexo era húmedo y escurridizo como un molusco.

Aquí mis fantasmas cobran vida, dejan de ser sólo sombras, duendecillos secretos.

Los hago hablar, se conocen.

Este sitio le habría gustado muchísimo a Gilbert.

Se le parece.

Un cliente del local, por una vez.

Me reprocha mi actitud de allumeuse*, que luego no es más que una manera muy especial de remarcar las palabras, de echar la cabeza hacia atrás y de mover las manos. Rozando los puntos estratégicos, para no perder tiempo.*

Lo aprendí de pequeña, ya se sabe.

—Vamos a Le Buc, date prisa, vamos.

Me lo dice en italiano, extrañamente; me coge de la mano y me arrastra hasta el peñasco rocoso que cae a pico sobre el Alzette, desde donde se ve el río y la ciudad baja y donde están las ruinas del viejo castillo de los condes. Me venda los ojos entre las ruinas, me hace acurrucar y me folla por detrás introduciendo su pene con una lentitud totalmente luxemburguesa mientras la ciudad, silenciosa, contempla mi rostro desfigurado por el placer.

Anoche no conseguía dormir, constantemente daba vueltas en la cama.

Entonces me levanté y empecé a limpiar los fogones. He dado brillo a la cocina con una crema no abrasiva que he comprado en el hipermercado.

Fluida, clara y suave al tacto, me la he pasado por los pulpejos.

Son botellas azules de plástico transparente y para asegurarme he cogido seis.

Me enteré de que la tía Leandra había muerto un día en que decidí llamar a la señora Maini, que vivía en el mismo rellano. Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de ella y a veces hasta me olvidaba. De la casa, de la existencia de ellos, de todo.

—Señorita Camilla, ¡gracias a Dios! Pero ¿dónde está usted?

—Nada de preguntas. ¿Cómo están ellos?

Siempre había sido curiosa, chismosa y entrometida.

—Su tía, la pobre señorita Leandra, ha muerto.

Se hacía realidad aquello que mi tía había aguardado a lo largo de toda su vida.

Ahora flores, pésames a su hermano, el coche negro con las coronas, un vestido negro que ya había comprado y que guardaba en el armario envuelto en celofán y naftalina. Había pasado tardes enteras preparando ese momento junto con su hermano.

«Cuando me muera has de ser muy atento con los Zarri, que siempre han tenido detalles conmigo, ¿sabes?, aquellos que me regalaban *panettone* y esa hermosa botella de vino espumoso. Si recibes cartas de pésame, contesta con uno de esos tarjetones con

orla de luto, ya los he comprado, están en el tercer cajón del escritorio».

«Está bien, está bien», contestaba Leopoldo un poco aburrido.

«Para el traslado no tendrás que pagar nada porque se ocupará la Humanitaria. Estoy inscrita desde que tenía cuarenta años, ya sabes, pagas una pequeña tarifa mensual y ellos se encargan de todo. Tenlo presente: no quiero demasiadas flores en la iglesia, y pide limosnas para la parroquia. Y la esquela, ya sabes que me importa mucho, pues bien, para eso confío en ti».

Le pedí a la señora Maini que me la leyera, no podía resistir la tentación. Naturalmente, ella la había recortado con mucho cuidado del periódico local y la había guardado.

«Con posterioridad al entierro, se anuncia la defunción de nuestra querida Leandra. Su hermano Leopoldo y su sobrina Camilla». Había usado mi nombre, apropiación indebida, eso quería decir que no había perdido el vicio.

Ciertamente, hubiera decepcionado a la tía. La nota necrológica carecía de frases efectistas, de un verdadero recuerdo conmovedor.

Era seca, casi austera.

Pobre tía, a ella le importaba mucho.

Me la imaginé. De negro, muerta. La piel laxa, como artificial, los ojos fijos, el pelo de estopa inútilmente recogido con una redecilla.

Sus vestidos todos iguales tirados, o regalados a alguna institución benéfica, como se estila en las familias burguesas.

Estoy viendo los cubos de basura repletos de sus pobres cosas, de toda una vida cubierta por una fina pátina de polvo, de esa que no es suficiente con soplar para quitarla, los libros de oraciones. Bernanos, el rosario que desgranaba velozmente por la noche en la cocina, los frascos de colirios y los caramelos para la garganta, la foto de su padre erguido, tieso, vestido de soldado. Lo veneraba.

Mi familia es un incesto perpetuado desde hace generaciones.

Siempre decorosamente.

Leopoldo está en medio de la calle con grandes cajas de cartón. Tira todo y se siente casi aliviado, por lo menos su soledad será

total y las habitaciones volverán a quedar vacías.

Una soledad perfecta, entre añoranzas y sentimiento de culpa, entre masturbaciones nocturnas acordándose de Parma y de goces apresurados, incompletos.

De esos que dejan algo de amargor, de esos tristes.

Leopoldo tira las alhajas pasadas de moda, los recetarios de cocina con la receta de los *grattini* al huevo subrayada en rojo.

En los contenedores no cabe todo, algo rebasa, telas y objetos que se desparraman, cosas sobre la acera, por la calle, baratijas que se desbordan como una lava de moco.

El esmalte de uñas, «blanco porque el rojo queda vulgar, como tu madre», cartas viejas de hojas amarillentas y abarquilladas, y luego, en un rincón, ¿qué es lo que aparece?

Un vibrador, en un estuche azul.

Fíjate tú, mira por dónde, la tía.

Vuelvo a verme en casa, con Gilbert.

He tapado la foto de Marie y él no se ha dado cuenta. La luz entra dibujando una T por los postigos apenas entrecerrados.

Él se mueve sobre mí sin tregua.

Tiene la respiración rítmica y regular de una parturienta.

Ah…, oh…, oh…

Su miembro inclinado sobre mí se mueve como si estuviese recubierto de hormigas rojas.

Gilbert ondula en un equilibrio precario y su pene me parece pequeño e intimidado, incluso visto de cerca.

Una polla rosa–melocotón en almíbar con la punta color siena tostado.

El rostro deformado de un hombre puesto del revés.

Empuja, envuelta en la mano, como dotada de vida propia. *Up and down, up and down, up and down*.

Acude a mi mente la retahíla de palabras de un juego infantil.

«Dime el nombre de tres hombres que te gustan.

»¿A quién pondrías en el lecho de espinas?

»¿A quién pondrías en el lecho de rosas?

»¿A quién pondrías en el lecho de novia?

»Si X te va a amar, este dedo crujirá».

A saber si crujiría el índice, tan sólidamente puesto alrededor de la polla.

Se corre, exhausto, encima de mí.

Después pinta.

Yo lo miro.

Beatíficamente, en absoluta inmovilidad.

También fuimos a Vianden y a Echternach, conocida como la Suiza luxemburguesa. Era Pentecostés y había esa procesión danzante que se lleva a cabo desde finales del siglo XV.

Me acordé de Igea Marina.

La procesión avanzaba al son de una marcha–polca.

Los peregrinos caminaban de dos en dos sosteniendo los picos de un pañuelo con las manos. Mantenían el ritmo: tres pasos adelante y dos atrás, y tardaban varias horas en llegar a la iglesia del santo patrono.

También nosotros nos sumamos durante un rato, pero pronto nos cansamos. En Vianden había vivido Victor Hugo y me comentó Gilbert que su mejor amigo allí había sido un *croque–mort*, un viejo tullido que montaba guardia en el cementerio.

Vianden estaba encaramado sobre una roca y dominado por un majestuoso castillo.

Murallas exteriores bien conservadas y torreones redondos, se llegaba en telesilla.

Visitamos el salón de los Caballeros y el salón bizantino de pórtico románico y ventanas adornadas con capiteles.

Desde allí se llegaba a la capilla de dos plantas inspirada en las capillas palatinas.

Gilbert estaba admirado ante tanta belleza y me aplastó contra un rincón. Me apoyé en una de las columnas y levanté las piernas rodeándolo.

Me penetró con delicadeza, protegido por el abrigo, antes de que el vigilante se nos acercase.

Fuera del castillo, abrazados, contemplamos el panorama del valle del Our.

Hacerlo siempre, sin descanso, desear los cuerpos pensando hacernos daño, ese daño necesario que siempre hemos buscado con todo el anhelo doliente, con todo el furor posible y también la rabia, esta sobre todo, Gilbert que me apoya contra la pared con violencia levantándome el vestido, siempre en silencio porque dice que el lenguaje mata la pasión. Yo que lo lamo arrodillada delante de él en el punto de luz más exacto para que pueda mirarme y acariciarme el pelo y después rodamos entre las cubetas de pintura y las telas amontonadas pero mi boca no se separa de su pene y me quedo inmóvil, así, como un apéndice extraño.

Llegan los trenes uno tras otro y los cuento.

Los describo, hace horas que estoy aquí.

Describo a la gente, los parecidos, un chico que me recuerda a Victor, un viejo cura que se parece a don Casimiro. La tía Leandra habría desaprobado verme pasar así el tiempo.

Ella era una mujer ajetreada.

Igualmente murió, sin ni siquiera la necrológica que deseaba.

No vale la pena afanarse tanto.

Estados de gracia. Palpitaciones en mi sexo invadido, la carne es materia doblegable. Invasividad lasciva. Sola en casa y tratar de evocarlo, entre los latidos del corazón contrahecho. Alucinación masturbatoria. Continuada, compulsiva, hasta el gemido, hasta el respingo final. No pasa nada. Surcos de dolor en el alma, ensenadas de dos dedos de espesor. Intento dormir.

De vez en cuando tengo un sueño.

Un espantoso bosque que se parece al de Grunewald, lleno de árboles tupidos que impiden ver el cielo.

Camino rodeada de amenazadores aullidos de animales.

Tras superar un precipicio me encuentro en un desierto gris ceniza con muchos cactus y alguna que otra carroña de caballo o de buey.

Una luna hostil, pulida como una peladilla, laguitos redondos,

ovalados y en forma de rombo que desaparecen en cuanto me acerco.

De repente gritos y risas, un grupo de niños desnudos, rubios y de cabello ensortijado. Los miro con más atención, tienen alas, por tanto son ángeles, angelitos, angelotes.

Angelotes púdicos desprovistos de gracia que con las manos ahuecadas cubren sus pequeñas pollas.

Me toman de la mano y me conducen a la estación de ferrocarril de Luxemburgo.

Está a oscuras, ningún tren parte ni llega. Estación muerta, cadáveres de locomotoras y un gran vagón negro en el primer andén, delante de mí.

Todavía tiene las luces encendidas, pero por dentro está vacío como la sala de un depósito de cadáveres.

Los angelotes me cogen de la mano para bailar en corro, la estación está desierta y fría.

Entonan una canción con una voz cavernosa que parece brotar de un círculo del infierno: «… *mais viendra le jour des adieux car il faut que les femmes pleurent*».

Tras la canción aparece mi padre, que me llama mientras se aleja, y, cuanto más se desvanece su imagen, más nítida y precisa se vuelve su voz.

Antes de que Marie enfermase, ella y Gilbert vivían fuera de la ciudad. Del padre, ninguna noticia. Una casa de dos entradas y dos plantas, con jardín. Los luxemburgueses, sobre todo en los pueblos, se ocupaban de sus propios asuntos, nadie molestaba a Marie, que seguía protegiéndose con su carácter reservado, con su silencio social. A lo sumo decía «*moien*» a la panadera por la mañana y saludaba con un gesto al sacristán. Ninguna disipación, su vida se mantenía secreta. Ella con su hijo adorado.

Cuando empezó a sentirse mal, Gilbert la llevó a Francia para que la examinase un médico.

Había un poco el mito de los médicos franceses, todos decían que eran los mejores.

El médico francés comprendió inmediatamente que aquel

arañazo que tenía Marie en los ojos era peligroso, había visto muchos ojos así, pero de todos modos hizo los análisis, análisis exhaustivos. Se trataba tan sólo de esperar, y ella, la sirvienta, había entendido. Le quedaba poco.

¿Qué podía hacer Gilbert para que todo le resultase más llevadero, para distraerla?

«Hagamos una gran comida, mamá. Organicemos una gran comida en la plaza del pueblo y celebremos tu cumpleaños. Invitemos a todo el mundo».

Había vendido dos cuadros, se lo podía permitir.

Al principio Marie tenía dudas: ella, tan callada y discreta, tan severa.

«¿Cómo reaccionarán en el pueblo? ¡Pensarán que me he vuelto loca!».

Por fin Gilbert consiguió convencerla, como siempre. Preparó la lista de invitados, el menú, se decidió por vasos de cristal y no de papel, aunque costaban más.

Gilbert iba a Alemania y regresaba como de costumbre y veía que el rasguño se había atenuado, la veía contenta, casi entusiasmada.

Le parecía un modo, el único posible, de detener la excavación de la trinchera, por lo menos por un tiempo.

El banquete tuvo un gran éxito, el menú a la manera francesa con excelentes vinos, la mesa elegante con centro de mesa y vajilla preciosa, como jamás se había visto en el lugar.

Acudió el pueblo entero, incluso el alcalde, que regaló a Marie un jarrón con incrustaciones.

Marie se puso de pie, había perdido la mirada severa.

Temblaba, pronunció un discurso que todavía se recuerda, dio las gracias a su hijo y estaba hermosa, emocionada, parecía más joven. Murió cuatro meses después, el jarrón con incrustaciones está en el dormitorio, sobre la mesita de noche de Gilbert.

—Derroté a la muerte por algún tiempo —me decía contento.

Presunción de pintor.

Yo había vuelto a destapar la foto después de aquel relato.

Gilbert seguía viajando regularmente a Alemania. Iba a buscar el *popper* fresco que solamente vendían allí y yo me reía porque

pensaba en cartones de leche.

Gilbert también iba a visitar a sus amigos galeristas y a una antigua novia, una actriz de teatro berlinesa.

Yo no iba con él, no quería ser agobiante.

Trabajaba en la frutería, pasaba algún tiempo con Victor, paseaba a lo largo del Viaduc o por la Montée de la Pétrusse y rae quedaba un rato en la catedral de Notre–Dame, un poco barroca, que me recordaba a Roma, a nuestros paseos y a nuestras fotos.

Contemplaba la ciudad y el viento que susurraba en el valle y esas calles ordenadísimas, amplias y rectilíneas, y las mujeres con abrigos de pieles que salían del restaurante ruso acompañadas por un eco de canciones cíngaras.

En cierta ocasión no regresó.

¿Puedo decir que me lo esperaba?

No exactamente, pero sabía que Gilbert llevaría a cabo una salida triunfal.

La casa volvió a ser la de Marie, la sirvienta, que desde la foto me miraba con desprecio.

Parecía decir: «Yo lo sabía».

Era una mujer dotada de muchos poderes.

Había recuperado a su hijo y lo había enviado lejos.

Ella hubiera podido abrir la espita del gas por la noche y hacerme morir asfixiada, en el fondo para ella yo había sido siempre una intrusa.

Por las noches me parecía oír la voz de Gilbert, su voz pastosa y tan familiar, y pensaba: «Ha vuelto».

Merodeaba por la casa con taquicardia, el corazón me latía violentamente hasta hacerme tambalear; y pensar que yo había tirado el *popper*…

Merodeaba entre los juegos de ajedrez que Marie coleccionaba, espléndidos ajedreces labrados que Gilbert encontraba durante sus viajes. Y luego las lámparas Liberty que, encendidas todas a la vez, irradiaban una luz tenue, apenas perceptible, aquella luz que había

sido la marca de toda la vida de Marie.

Una noche me eché encima pintura como lo hacía él, quería volver a experimentar aquella sensación, aquel furor y aquel deseo de poseerme en su materia, impregnados los dos de su materia, la pintura encima, la pintura entre los senos como una caricia, tenía los ojos cerrados y me tambaleaba, la pintura me llenaba el ombligo dejando una estela sobre el vientre, sus besos, su saliva, que él me escupía encima y después aspiraba dejándome moretones rojos, yo me cimbreaba sucia y chorreando y derribando telas, derribando objetos, los rompía, ya no servían para nada, podía destruir todo, yo era verde, violeta y amarilla y me tambaleaba.

Sus cuadros eran jirones de él, tiras de su piel.

Lo destruía porque me había abandonado, después de haberme salvado.

Había uno, el único al que había asignado un título, *Pour que la vie devienne plus vivante, plus violente*.

Era el que yo prefería, descarnado, sincero.

El fondo rosa, una mesa con esqueletos sentados alrededor, esqueletos despectivos con las manos chorreando comida.

Mi familia.

Detrás había una escalera. A saber adónde llevaba.

De todas maneras yo estaba obligada a subir por ella.

Regresé a Italia.

Luxemburgo era la ciudad de Gilbert.

Yo quería alguna ciudad del norte que pudiese parecerse un poco a Luxemburgo. Una ciudad con niebla y con esos chaparrones de lluvia repentina que vuelven resbaladizas las calles.

Para no experimentar demasiada nostalgia, pues todavía son frecuentes esos sábados de aire arcilloso, larguísimos.

En esos días es duro seguir adelante, ese aire un poco pútrido me sube por la nariz y me hace vacilar. En esos días me gustaría estar en el Grund y telefoneo a Leopoldo sólo para oír su voz, pero cuelgo enseguida. No parece cambiada, tal vez el timbre es más débil, se ha vuelto la voz de un viejo, pero ya no tengo miedo.

Quería una ciudad donde vivir apartada con mis fantasmas para

homenajearlos respetuosamente.

Donde no abandonar jamás a Gilbert.

Cuando llegué aquí, al indecente suburbio, experimenté algo que no sé describir, algo tangible.

Escogí el apartamento, encontré un trabajo.

El metro está cerca y me protege, además mantengo una correspondencia regular con Victor y colecciono los sellos de sus cartas. Me gustan sus cartas aunque hace ya mucho tiempo que ha dejado de enviarme poemas de Apollinaire copiados con su caligrafía cuadrada y alemana. La última vez, en cambio, me escribió: «… a menudo me encuentro con el Gran Duque y siempre me pregunta por ti, quiere saber cuándo regresarás. Aparece casi repentinamente en el bosque de Burscheid, cerca de un gran castaño que está allí desde la época en que Luxemburgo era una región de hayas y pinos perteneciente al reino de Francia. Yo llego con mi bicicleta, él a caballo, con un escudero por séquito, enciende un puro y me dice: "Puenos tías", con su inconfundible acento».

Y cuando terminé de leer experimenté esa emoción un poco patética, nórdica pero cálida, esa emoción que superpone el pasado al presente.

He vuelto a ver el vestíbulo de la estación de Luxemburgo con el Gran Duque erguido sonriendo en las postales y me pareció percibir aquel olor a bizcochos y a pan francés recién salido del horno que llegaba desde la Avenue de la Gare (la tienda donde un día yo y Gilbert, hambrientos, habíamos robado chocolate, huyendo entre los alaridos de la gorda empleada). He vuelto a ver el Vis–à–vis en su esquina en penumbra, y he oído la voz de acento alemán repitiendo el andén del que sale el «Express à destination Thionville–Chálons–sur–Marne–Paris–Est». Todo ha regresado, delicadamente. Se me apareció delante, sobre la pared blanca de mi casa, el paseo del Chemin de la Corniche sobre la cresta escarpada del Alzette, tantas veces recorrido cogida de la mano de Gilbert, descalza y jadeando, llena de él, de su esperma, de la vida que nos rodeaba.

Y después un roce de alas, un ruido en el alféizar de la ventana,

un halo plateado que ha cubierto el cristal. Era el ángel.